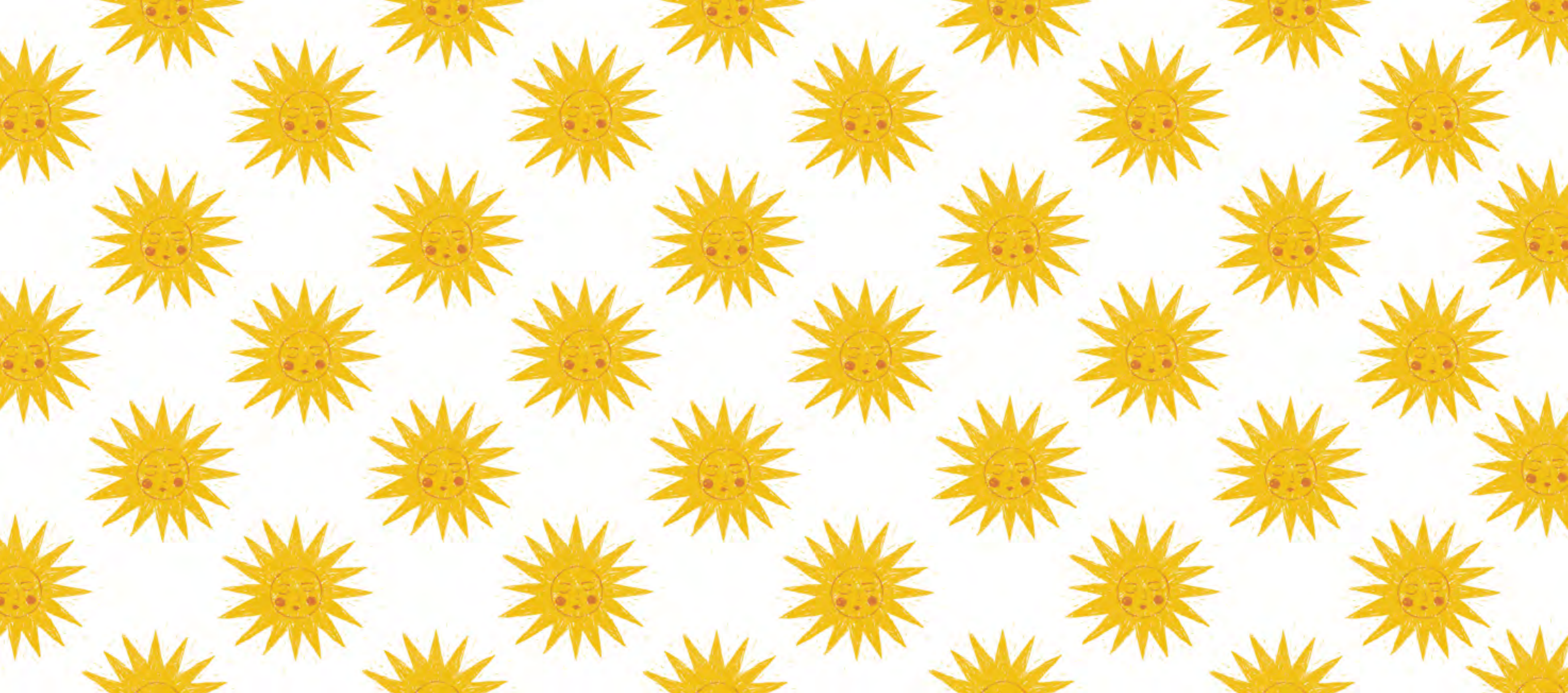


E
ER H
LE E OG
O V S H GA
V LV R E O AR
VOL E S HOG R
VOLVERSE HOGAR
Intuiciones de un Habitar



E
ER H
L E E OG
O V S H GA
V LV R E O AR
VOL E S HOG R
VOLVERSE HOGAR
Intuiciones de un Habitar

E
ER H
L E E OG
O V S H GA
V LV R E O AR
VOL E S HOG R
VOLVERSE HOGAR
Intuiciones de un Habitar

Johana Paola Muñoz Rincón

***A mi primer hogar:
mi valiente y poderosa madre.***

A la niña que habita en mi espíritu creador.

Facultad de Bellas Artes
Universidad Pedagógica Nacional
Maestría en Arte, Educación y Cultura

Asesora: Martha Ayala

Diagramación: Johana Muñoz y Juan León
Encuadernación: Larva

Bogotá D.C - Colombia
2024

CONTE

1	Ventana		
	Cap. 1		
6	Volver al origen		
	Cap. 2		
28	Habitar-es <i>Refugiarse en otras voces</i>		
	Cap. 2,1		
36	Habitar-es <i>Construir con otros</i>		
	Cap. 3		
46	Abriendo Puertas		
	Cap. 3,1		
48	El big bang <i>Puerta cero</i>		
	Cap. 3,2		
58	Habitar-me <i>Puerta uno</i>		
	Cap. 3,3		
68	Mujeres Refugio: <i>La literatura como fuerza inspiradora</i> <i>Puerta dos</i>		
	Cap. 3,4		
78	La creación como respuesta al dolor <i>Puerta tres</i>		
	Cap. 4		
98	Madrigueras		
	Cap. 4,1		
102	Mi madre <i>Primer hogar</i>		
	Cap. 4,2		
104	Mi cuerpo <i>Segundo hogar</i>		
	Cap. 4,3		
106	La casa <i>Tercer hogar</i>		
	Cap. 4,4		
108	La ciudad- el barrio el mundo <i>Tercer hogar</i>		
	Cap. 5		
110	Entrecerrando puertas		
116	Bibliografía		

NIDO



Ventana

Desde mi infancia, la escritura ha generado en mí una gran curiosidad, ha sido un acto profundamente intuitivo, casi instintivo. Soy docente de artes visuales, no tengo formación en literatura o escritura, pero esta ha sido para mí un refugio, un espacio para explorarme y entenderme desde la libertad y las posibilidades que me han dado las letras, en medio de cuadernos donde no existen las reglas.

Este proyecto de investigación-creación nace desde la necesidad de interrogar el concepto de habitar y de generar espacios de emancipación a través del trabajo colectivo y comunitario, pues en un principio mi interés era abordar este interrogante con vigilantes que trabajaban en las casetas que se ubican en el barrio donde vivía.

De repente, el proceso da un giro que me apunta con la pregunta de mi propio habitar y en medio de la confusión que esto me produce y de todo lo que va sucediendo alrededor mientras intuitivamente busco una ruta, surge la necesidad de escribir, de plasmar algo que me habita y que, a la vez, me desborda. Esta investigación-creación, que aún me cuesta definir en categorías clásicas, es una casa que he construido palabra por palabra, como quien arma ladrillo a ladrillo una morada en la que puede sentirse a salvo, o no, porque debo confesar desde ya, que me aterra la idea de que en este momento alguien me esté leyendo. Una cosa es escribir para mí y acumular palabras garabateadas y tachadas en cuadernos, pero otra cosa es apostarle a legitimar esos procesos orgánicos, intuitivos en la academia y además de todo, exhibirlos.

Procesos. Sí, esta investigación va junto con un guion al que le sigue la palabra creación y de una creación, específicamente en artes, se espera algo tangible, una producción consecuencia de un proceso. Aquí el producto de creación es el proceso en sí mismo, pues a través de lo autorreferencial se va narrando, se va construyendo, se va creando una historia hecha de varias historias.

El acto de escribir, en este caso, se convierte en un doble movimiento: una búsqueda hacia afuera, pero, sobre todo hacia adentro. La escritura es mi herramienta para dialogar con las ideas, las preguntas, las experiencias y, con la intuición que siempre ha guiado mi relación con el mundo. Así, este proceso no se limita al uso de la palabra como un recurso académico o literario, sino que busca desbordar esos límites y situarse en un lugar sensible y político: el de una mujer que escribe desde sí misma, desde sus propios recorridos y fragmentos.

Habitar, la casa, las infancias, la lectura y la escritura intuitiva son conceptos centrales que atraviesan este proceso. Cada uno de ellos ha sido parte de mi historia, moldeando mi visión del mundo y de mí misma. El habitar no solo alude a los espacios físicos en los que nos situamos, sino también a los lugares simbólicos y emocionales que construimos y que nos contienen. La casa, como metáfora y como realidad, se convierte en un nodo central: ese espacio que resguarda, pero que también confronta; ese lugar que puede ser un refugio, pero también un escenario de duelo y transformación.

Aquí, la escritura es habitación. Es tanto el espacio que construyo como el que me construye. Y aunque como ya lo mencioné anteriormente no habito la escritura desde la experticia y tampoco es algo que por ahora me interese, por ahora, siento que así ha estado bien, que las palabras han sido mi método para hacer habitable lo inhabitable y que, si hay ciertas libertades que me tomo o recursos que uso a la hora de escribir, sin duda los he aprendido de los libros y de las voces que allí se albergan, especialmente femeninas.

De este modo, escribir se ha convertido en una práctica intuitiva que surge del impulso creador, un impulso que no responde a normas preestablecidas, sino a una necesidad de dar forma a aquello que no puede quedarse en el silencio.

Es importante señalar que escribir desde la autorreferencialidad no es un ejercicio de vanidad, sino un acto político. Al contar mi historia, al habitar mis propias palabras, estoy trazando una ruta que desafía las jerarquías tradicionales del saber, específicamente en la academia. La investigación-creación se presenta aquí como un camino que entrelaza el pensamiento teórico con la experiencia vivida, la reflexión con la intuición, y que da lugar importante a las voces de las infancias.

En este sentido, la escritura de esta investigación-creación se convierte en un ejercicio de resistencia frente a las expectativas normativas de lo académico. Es un espacio en el que me permito explorar desde mi experiencia, desde mi subjetividad y desde mi sensibilidad. Esta tesis, se construye aquí también como un lugar de libertad, donde las reglas pueden ser redibujadas y las certezas, cuestionadas.

Aquí no se busca responder preguntas de manera definitiva, sino más bien abrir puertas, recorrer pasillos y asomarse por ventanas. Es un intento por habitar el lenguaje y permitir que el lenguaje me habite. Desde el cuaderno amarillo de mi infancia, que llené con poemas y palabras escogidas, hasta el cuaderno vinotinto de mi adolescencia, cargado de tachones y mamarrachos, la escritura siempre ha sido mi casa, un lugar al que vuelvo una y otra vez para intentar entender lo que significa estar en el mundo.

Así, esta introducción no es un preámbulo, sino una declaración de intenciones. Es mi forma de decir que este trabajo es una exploración viva, que se nutre de mis vivencias, de mis lecturas y de mi impulso creador. Es un espacio en el que quiero dialogar con quienes se acerquen a él, pero también conmigo misma, reconociendo que habitar es siempre un proceso, una búsqueda, una construcción constante.

Esta entonces es una invitación a recorrer esta casa-palabra, este libro-refugio. A abrir las puertas y las ventanas conmigo, a transitar sus espacios con la certeza de que el habitar, como la escritura, no tiene un único significado ni un solo camino. Es en ese devenir donde se encuentra su mayor riqueza y su más profunda verdad.

Una invitación

Antes de que se adentre en esta casa-palabra que he construido, quiero invitarle a detenerse un momento en el umbral. Allí, donde la puerta aún está entreabierta. Como ya lo mencioné, este no es un texto académico tradicional, nunca tuvo esa intención; es una reivindicación con la niña que alguna vez leyó poesía, la recitó y la escribió en un cuaderno amarillo que luego perdió. Esta es una casa llena de preguntas, de ventanas abiertas por donde se cuelan recuerdos, intuiciones, historias y descubrimientos. Por eso, como anfitriona, le invito a que habite estas páginas como quien ingresa por primera vez a una casa desconocida:

1. Acoja la mezcolanza.

En este texto encontrará diferentes formas escriturales: diario íntimo, ensayo poético, narración, reflexión teórica, escritura intuitiva. No busque una línea recta. Déjese sorprender por la mezcolanza entre la literatura, lo académico, las historias de mujeres, las voces de las infancias y mi propia voz.

2. No busque verdades absolutas.

Aquí no encontrará respuestas definitivas ni conceptos cerrados. Esta es una investigación-creación que escarba entre diferentes territorios y tiempos; por eso aquí se contempla la certeza desde la transformación, el movimiento, la diversidad e incluso, lo inconcluso, pues hasta aquí va mi habitar, que más allá de verdades, está colmado de preguntas.

3. Deje que la intuición le guíe.

Escribí estas páginas dejándome llevar por impulsos, emociones, recuerdos, preguntas y experiencias que para este trabajo se tradujeron en *intuición ilustrada*; desde este lugar le invito a leerme. La intuición es la brújula.

5. Si se pierde, regrese al origen.

Si en algún momento se pierde entre estas páginas, vuelva a su propia casa interior. Respire. Recuerde que la escritura, como la lectura, es un refugio, pero también un camino con pausas, idas y regresos.

4. No tema a las fisuras.

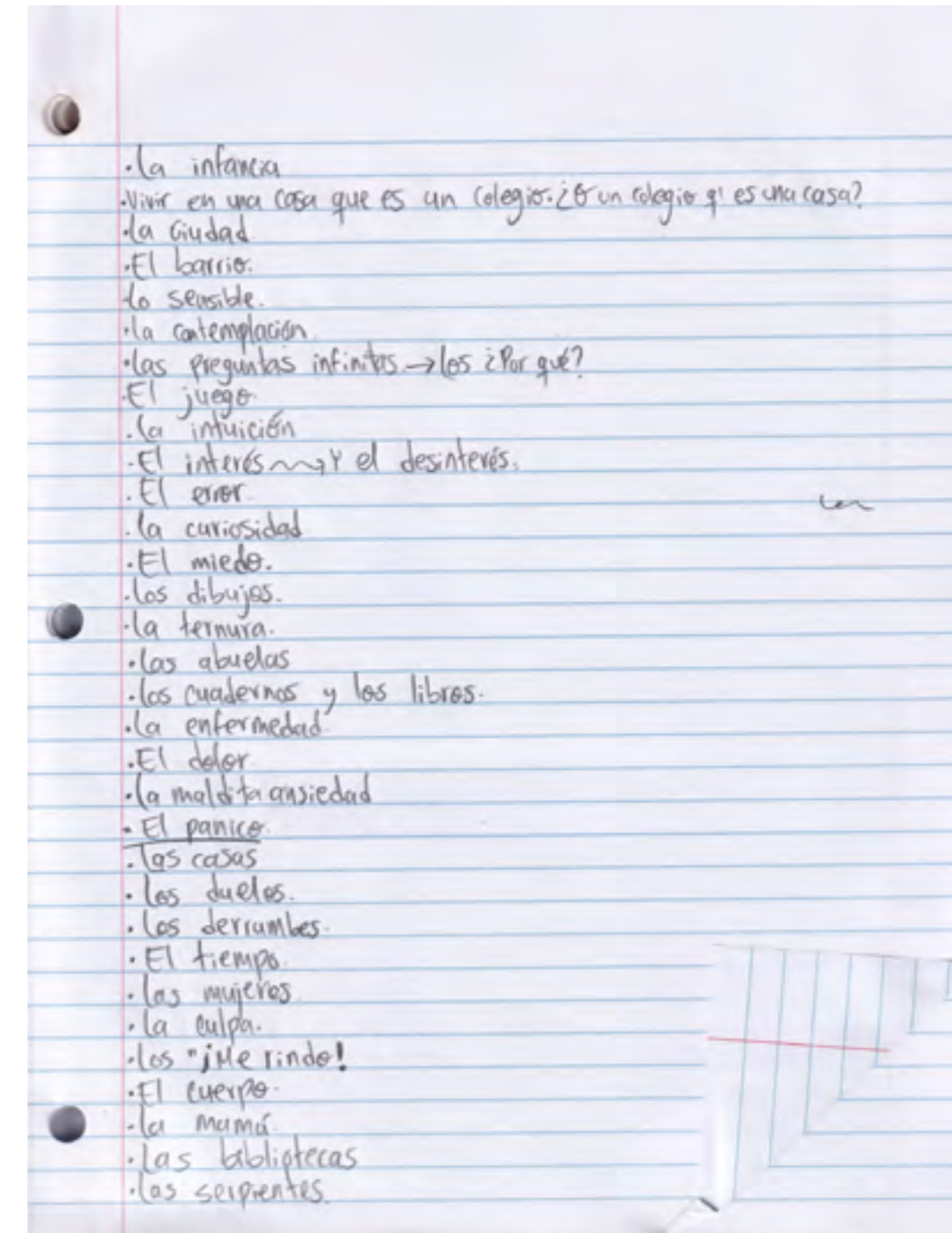
Este libro es una casa construida con miedo, pero, aun así, tiene cimientos sólidos. Algunas partes son frágiles, otras más sólidas desde las preguntas y contenidos que fundaron este proceso. En estas páginas hay huecos, silencios, grietas, fragmentos delicados. No intente unirlo todo. A veces las grietas no permiten que la luz entre de manera uniforme y es allí en esas variaciones de luz, donde está la oportunidad de sentarse a contemplar. Permítase habitar los vacíos.

6. Ingrese con delicadeza

Lea con la delicadeza que se le tiene a lo ajeno, teniendo en cuenta que esta casa está en constante construcción; pero que, en lo inacabado, en lo imperfecto, también hay belleza, sabiduría y aciertos.

Adelante.
Cruce el umbral. La casa está abierta

Volver al origen



Quisiera escribir un libro que sea solo para mí y nunca necesitar mostrárselo a nadie; un libro que exista para mi memoria y no para mi vanidad.

Juliana Castro¹

Quisiera crear, como un regalo para mí misma, un libro que sea hogar. Un libro como una respuesta al impulso que desde mi infancia me llevó a escribir poemas en un cuaderno amarillo, inspirada en un pequeño libro que mi papá compró en un bus (uno de los pocos libros que llegó a casa. Tal vez el único en varios años).

Cuando el libro llegó, lo leí y releí memorizando algunos de sus poemas:

Si tú me dices: “¡Ven!”, Lo dejo todo...
No volveré siquiera la mirada
para mirar a la mujer amada...
Pero dímelo fuerte, de tal modo
que tu voz, como toque de llamada,
vibre hasta en el más íntimo recodo
del ser, levante el alma de su lodo
y hiera el corazón como una espada.²

¹ Papel sensible, de Juliana Castro (2022), es uno de los libros más inspiradores dentro de este proceso. Una mujer colombiana que narra sus propias historias a través de una voz cercana, sensible y divertida.

Ese poema de Amado Nervo fue uno de los primeros que aprendí de memoria. Incluso, lo recité en el colegio frente a un gran público. Declamaba en voz alta, muy alta, con las manos empuñadas cerca del pecho, con el ceño fruncido y la mirada seria mirando al infinito. A mis siete años, creí que ese poema hablaba sobre el amor romántico y así lo repetía: con la pasión que le pondría quién lo hubiese escrito a su amada, con la noción de que así es la poesía y así debe leerse.

Es decir, a mis siete años, estaba convencida que la poesía debía ser de amor, debía declamarse con estilo impostado, debía ser dicha en público. Hoy, mi lectura, por supuesto, ha cambiado. Por un lado, me río con ternura de la niña que recitaba ese poema desconociendo que este, en realidad hablaba de Dios. Por otro lado, descubrí que la poesía no solo abarca el amor romántico o cosas que por ese entonces consideré bellas; sino que, es consecuencia de una mirada contemplativa que se maravilla para hablar-escribir sobre la vida, y eso, lo incluye todo, incluso la muerte.

La poesía es un acto de reconciliación con aquello que nos desborda y conduce nuestra mirada; es nuestro pulso atento a zonas en donde el lenguaje es la fuerza para pensarnos bajo nuevos órdenes en los que todo es latencia, posibilidad de volver a nombrar lo que creemos cierto desde otra orilla, de maravillarnos frente a la propia existencia, como dice Schopenhauer: A excepción del hombre, ningún ser se maravilla de su propia existencia. (...) La poesía es fisura en el entramado de lo que nombramos realidad y gracias a ella el mundo se hace habitable, se abre en pliegues para echar abajo cualquier pretensión de absoluto.³

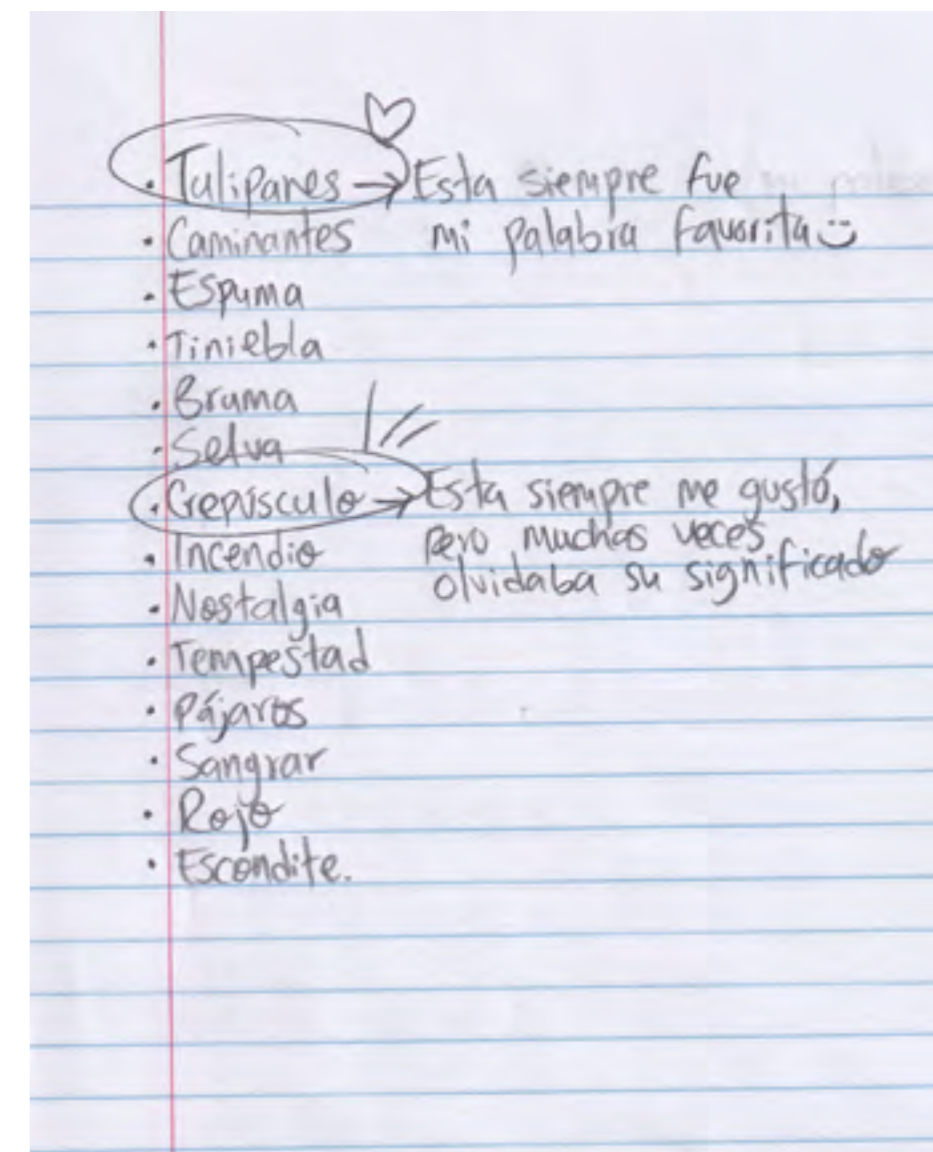
² Amado Nervo, Elevación, 1919.

³ Camila Charry Noriega en el prólogo del poemario Espacios Habitables de Daniela Prado (2022).

Además, hoy, me gusta reflexionar sobre cómo ese poema incomprendido me impactó tanto a mis siete años; cómo la experiencia estética que me produjo superó la necesidad de entender el poema y me llevó a querer aprenderlo, a querer declamarlo para otros, a buscar la manera de expresarlo para que otros sintieran lo que a mí me producía. Es así como mi interés en este punto, en este punto de partida, está centrado en mi yo de siete años y el impacto de este libro, nada pensado para una niña y que al final abrió un impulso que jamás tuvo como fin:

E m p e c e á a
e s c r i b i r.

Un día, hacia mis diez años, tomé un cuaderno que me sobró del colegio, junto con el pequeño libro de poemas que retomé para seleccionar y anotar palabras que me eran desconocidas o que me parecían hermosas o que simplemente llamaban mi atención



Las listas se hacían enormes. Escribía en la noche metida en mi cama, en las tardes de domingo, durante las clases aburridas del colegio. Registraba palabras y palabras con la letra más linda que pudiera. Sentí que las palabras tenían algo más que decir, que allí sueltas, a pesar de su significado individual, estaban vacías. Y digo sentí porque, como también abordaré más adelante, este impulso estaba más cercano a la intuición que al saber.

Y es que algunas palabras disparaban una necesidad de enunciar algo hasta convertirse en oraciones, párrafos y, en ocasiones, páginas y páginas enteras. Esas, las elegidas, pasaban de su generalidad de diccionario hasta enunciar algo auténticamente mío. Las otras, por una razón que desconozco, se destinaban al olvido. Algo indistinguible hacía que algunas palabras resonaran sobre otras. Y a esto me refiero precisamente con la importancia de la intuición, sobre su papel en el proceso creativo: en esa habilidad de comprender y comprenderse, en este caso, sin necesidad de pasar conscientemente por la razón. Basada en Bergson (1963) mencionaré que el acto de crear, no puede ser entendido como una mera construcción racional o como la aplicación de esquemas preexistentes, pues la creación surge de una conexión profunda con el movimiento vital que escapa al análisis lógico del intelecto. Así, como creadora, la intuición me ha permitido desde siempre, captar la esencia de este flujo creativo y participar en él desde dentro. Resaltando que, lo intuitivo no necesariamente es irracional; más bien es una forma de conocimiento que empatiza con la naturaleza del proceso, conectándose con el dinamismo de la vida en su totalidad.

Y así, partiendo de ese impulso creador que me llevó a escribir listas enormes de palabras, llené un cuaderno con muchos poemas. Una vez, tuve la oportunidad de leer uno en clase de español, la profesora me preguntó quién era el autor así, suponiendo o más bien, afirmando en masculino; al decirle que fui yo quien lo escribí, no me creyó.

Le mostré, a manera de prueba, mi cuaderno amarillo, cuadriculado, con un sol en la portada. Le mostré algunos de los textos que escribía y me pidió que se lo prestara, que quería leerlos con calma, dijo.

Y mientras tomo un poco de fuerza para contar la siguiente parte de la historia, pienso en lo que fue ese cuaderno; tan diferente, por ejemplo, al de español, ciencias o matemáticas. Este, el sencillo, el más barato, sin stickers, ni los personajes de moda en la portada, había sido el rechazado en un principio, para luego convertirse en el más especial; era refugio, habitáculo, laboratorio para inventar mis propias reglas lejos de tareas escolares. A propósito, Broide (2008) escribe:

¿Qué es un cuadernillo? Un cuaderno común y corriente en el que se copian textos que gustan, se inventan poemas, se hacen dibujos, entre otras cosas. (...) El cuadernillo es un dispositivo en el que se enmarcan una serie de prácticas de literatura en las que las distinciones entre leer, copiar, inventar y escribir no están asentadas como en otros sistemas. (p.139)

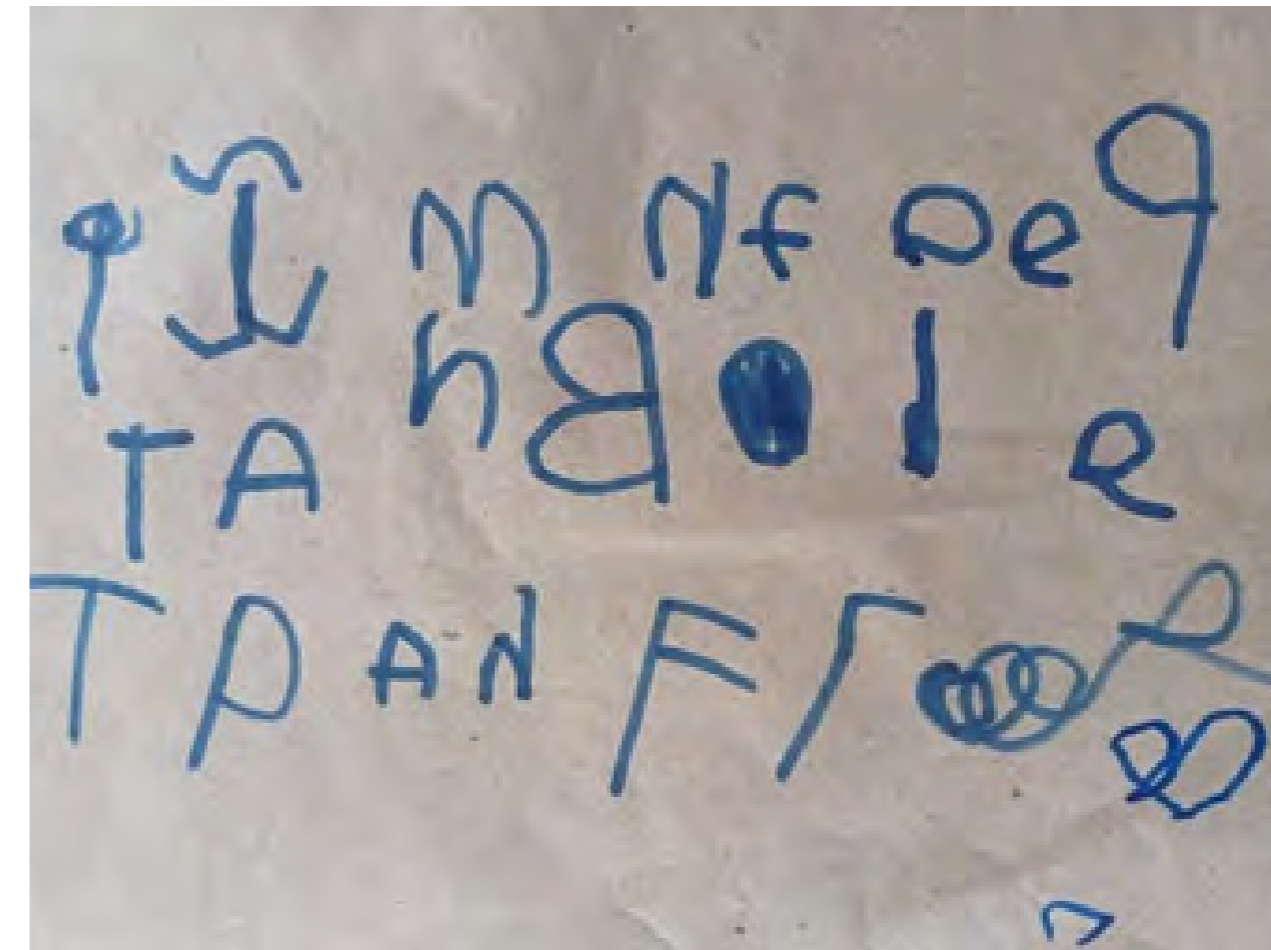
Leer, copiar, inventar, escribir..... Doler.

El cuaderno amarillo, cuadriculado, del sol en la portada nunca regresó a mí. Me sentí furiosa, triste, frustrada, dolorida. Fue el primer duelo que viví en mi vida. Le guardé luto, no volví a escribir en muchos años. Hasta que llegué a la universidad y escribí en un cuaderno vinotinto, cuadriculado, con flores en la portada. Además de letras, aparecieron los dibujos, mamarrachos y tachones que hacía en medio de reflexiones, tristezas, amores y un nihilismo adolescente que determinaba los días. Quizá por el duelo con la palabra, el dibujo, otra forma gráfica tan cercana y tan diferente al mismo tiempo, empezó a ocupar un lugar privilegiado en mis cuadernos, en mi vida; o más bien, lo *r e t o m ó*, pues desde que tengo memoria dibujo.

Al igual que muchos humanos dibujé en las paredes de mi casa; dibujé con un labial rojo de mi tía en la puerta blanca de la habitación de mi abuela; sin saber siquiera las vocales, escribí los versos más profundos de amor a mamá; y es que, como dice Magallanes (2002) **“las letras son dibujos que suenan”**. Sabemos que el mundo ha sido dibujado por la especie humana desde siempre. Desde el principio lo hemos leído, desde el principio lo hemos dibujado, desde el principio lo hemos escrito, desde el principio nos ha sonado.

Este dibujo, por ejemplo, suena así:

“La parte favorita de mi cuerpo, son esas goticas que salen por los ojos: Las lágrimas”.



Letras dibujadas por uno de mis estudiantes:

Simón de 4 años de edad, responde a la pregunta: ¿Qué es lo que más te gusta de tu cuerpo? durante una clase de artes.

“La parte favorita de mi cuerpo, son esas goticas que salen por los ojos: Las lágrimas”.

Archivo personal 2023

A propósito, quisiera contarle a la niña de 7 años que recitaba poesía y a la adolescente nihilista de 17, que cambié la voz de esos señores desconocidos que habitaban entre mis cuadernos, para anotar –entre otras cosas– lo que me cuentan mis estudiantes; que no hablan del amor romántico, pero tienen una percepción del mundo que me hace sentir tan cursi como cuando recitaba “¡si tú me dices ven!” En este caso, mi diario de maestra es un cuaderno de anotaciones que resalta la importancia de la observación y la escucha, resaltando que estos actos, en su fondo, son profundamente subjetivos: una elección de lo que me resulta realmente bello, importante. (Altimir, 2010)

Y es que el cuaderno, además de soporte, siempre fue libertad, refugio, hogar de múltiples voces, vidas y tiempos:

El cuadernillo es un objeto propio, “es como tu casa”, he oído decir algunas veces. Una casita de palabras cuyos ladrillos han sido juntados por uno mismo. Simplicidad mágica: como un libro, el cuaderno, por su forma, sus hojas sostenidas por la carátula, da idea de un conjunto, de una continuidad, de un desarrollo. Aún disparates, los elementos allí reunidos nos ofrecen el esbozo de una imagen unificada de nosotros mismos que nos brinda paz, porque una de las mayores angustias para el humano es la del caos, cuerpo dividido, fragmentos discontinuos. La angustia de perder los propios límites, el sentimiento de la continuidad, de unidad de sí que no viene con el nacimiento, sino que lo conquistamos mediante un muy complejo proceso de relacionar, de vincular progresivamente diversos episodios de nuestra vida.⁴

Regresemos al cuaderno vinotinto de flores en la portada, el cuaderno número 2, el de la época en que me creía rebelde y ya no suspiraba cursilería, porque odiaba al mundo, y los

⁴ Petit (2008), retomando a Bernard Golse y Sylvain Missonnier en *Récit, attachement et psychanalyse*, París, Eres, 2005.

inspiradores; los conspiradores, todos tan masculinos; la voz del hombre tan preponderante en la literatura y las mujeres tan silenciadas en comparación, incluso tan pocos años atrás; iban desde lecturas que ahora considero burdas y temas que cautivaban mi atención adolescente, sexo, drogas y rock and roll con autores como:

Charles Bukowski
Chaparro Madiedo
Efraím Medina Reyes

...A la poesía, novelas y cuentos que me sumergían en ideas brillantes y maneras increíbles de concebir el mundo:

Walt Whitman
Oscar Wilde
Jorge Luis Borges

Mis lecturas se expandieron desde una antología barata y pirata de poesía, a autores que jamás habrían hecho parte de ella. Y a medida que se multiplicaban, como le sucede a todo adolescente, encontraba más y más referentes que se alejaban de mi casa materna, de ese núcleo familiar que constituye el mundo que se debe y se quiere abandonar a medida que crecemos. Ejercicio propio del ser adolescente: abandonar la seguridad del entorno familiar y sus referentes, para encontrar otros seres de los cuales aprender y otros espacios que habitar.

Y este abandono de la casa familiar no es solo metafórico, también es físico. Cruzamos desde esa casa que mencionamos con artículos definidos (*la casa*) o posesivos (*mi casa*), aquella casa materna (auténtica, mía, única, total), a nuevos territorios y nos apropiamos de ellos, buscamos nuevos lugares de seguridad, nuevos refugios: de la casa al barrio, del barrio a la ciudad.



Tapa de cuaderno



Hoja interna

En este caso de la relación lectura-espacio, crucé desde ese libro-casa materna, que leía y releía en mi cuarto, que siempre estará en ese apartamento que por aquel entonces ocupamos con mi familia, a las posibilidades de los libros-biblioteca, ilimitados, abiertos a encontrar lo que en ese entonces necesitaba.

Estos autores de mi adolescencia los conocí en la Biblioteca de El Tintal, lugar que fue espacio seguro, refugio. Lugar, que al mismo tiempo, creo que en eso radica el encanto de las bibliotecas, es tan público como privado. “En ese sentido también las bibliotecas son garantes de nuestras libertades. Pues podemos sacar de ellas, sin fin, metáforas científicas que ordenan el mundo, pero también metáforas literarias, poéticas, que relanzan nuestro pensamiento.” (Petit, 2008, p.88)

En ese sentido, habitar es descubrir y reconocer un conjunto de puntos de referencia que me permiten orientarme, vinculándome al corazón de un territorio, un espacio donde mi presencia es estable y a la vez transitoria, está en constante diálogo con los cambios, las experiencias y las transformaciones que lo moldean. (Giglia, 2012)

Es así como hoy, casi 15 años después, vuelvo a la misma biblioteca para escribir este documento, además de buscar refugio. Mientras escribo esto, así como sucedió con cuaderno amarillo extraviado, estoy en otro duelo, sin duda, el más grande que he enfrentado...

mi

di

VOR

cio



La primera versión de esta ilustración (primer recuadro de izquierda a derecha) fue realizada en el año 2021 durante la pandemia; tiempo en el que nos veíamos obligados a estar en casa, a volvernos hogar. Mi hogar era una casa llena de libros, una casa con chimenea, una casa en la que abundaban las plantas de caléndula para hacer infusiones y aliviar el dolor de mis manos; una casa que habité durante años, en la que construí familia junto a un gato amarillo y un humano que conocí en una biblioteca.

La segunda versión, que es la reproducción e intervención de la misma imagen a través de la técnica del collage, fue realizada en el año 2024, durante el proceso de mi divorcio. Esa casa con chimenea, llena de libros y plantas de caléndula, esa casa que habité durante años, ya no era mi casa. Dejé de habitar el hogar que se construyó junto al gato amarillo y el humano que conocí en una biblioteca. Ahora era ese hogar el que me habitaba a mí en forma de duelo. Y fue ahí donde el volverse hogar tomó otro sentido, ya no desde lo colectivo, desde la idea de construir con otros. Ahora yo debía ser mi propio hogar, mi propia casa.

“Volviste, dijo mi Hermano.
No fue necesario contarle nada. La derrota es muda”⁵

Sí, volví a la casa de mi padre y madre, abandoné la casa que compartí con quien fue mi pareja, la que fue hogar, **m i h o g a r** durante varios años. Y es que, como menciona Besse (2019):

“todos somos huéspedes del lugar que habitamos y aunque nos sintamos acogidos, aunque nos vinculen sentimientos profundos a este lugar, es un lugar que NO nos pertenece, Habitar es hacer y deshacer mundos dentro de otros mundos, sin cesar.” (p. 221)

Y aunque ahora vivo en la calidez del hogar familiar, no logro sentirme *en casa*. Es una constante sensación de extrañeza, de reconocermelo habitando allí, pero no pertenecer. Y entre lecturas que llegan en medio de ese duelo; me reconozco en la voz de Mariana Matija, (2023) quien habla de la “C a s a - n o - m i - c a s a ”:

(...) volví a casa de mi mamá, que para ese entonces ya no era mi casa. O sí era, pero ya no del todo y ya no la única. Más bien: en ese entonces no sabía si era mi casa porque ya no sabía qué era una casa (...) Tampoco sabía cómo hacer una casa desde cero, o más bien, ni siquiera sabía que eso no es posible, que las casas, sean donde sean, siempre requieren una parte que ya está hecha, como una masa madre que hay que alimentar y oxigenar y dejar crecer, y que está formada entre otras cosas, por el ecosistema interno de los estares. (p.72)

Yo de construcción de casas no sé nada y de masa madre ¡menos!, pero eso de alimentar, oxigenar y dejar crecer suena lindo. El lío es que no sé dónde buscar esa materia prima, esa “parte que ya está hecha” como dice Matija. Así que por ahora, intuitivamente intentaré buscar, para responder a la necesidad de crear un nuevo refugio, que tenga como tema la casa misma: la casa como una especie de reminiscencia, en términos de Bachelard (1997), como un espacio primigenio, un espacio de los orígenes, donde las verdades esenciales pueden ser captadas a través de este retorno y expresadas en el presente a través de metáforas.

Así, este viaje a lo primigenio, nostálgico y doloroso, también es fuente de auténtico saber, de comprender. Y hago este viaje, hoy, acompañada por muchas otras lecturas, muchas de ellas escritas por mujeres, a diferencia de los ciclos de escritura y lectura anteriores que han guiado y ampliado este proceso: Tania Ganitsky, Mariana Matija, Piedad Bonet, Juliana Castro, Daniela Prado, Virginia Woolf, Annie Ernaux, Simone de Beauvoir y otras tantas...

5 Conjunto Vacío fue otro de mis libros refugio durante mi proceso de duelo. Escrito por una voz femenina: Verónica Gerber, quien, siendo artista visual y escritora, crea una propuesta brillante en la que habla de la ruptura desde la auto narrativa, vinculada a la teoría de conjuntos.

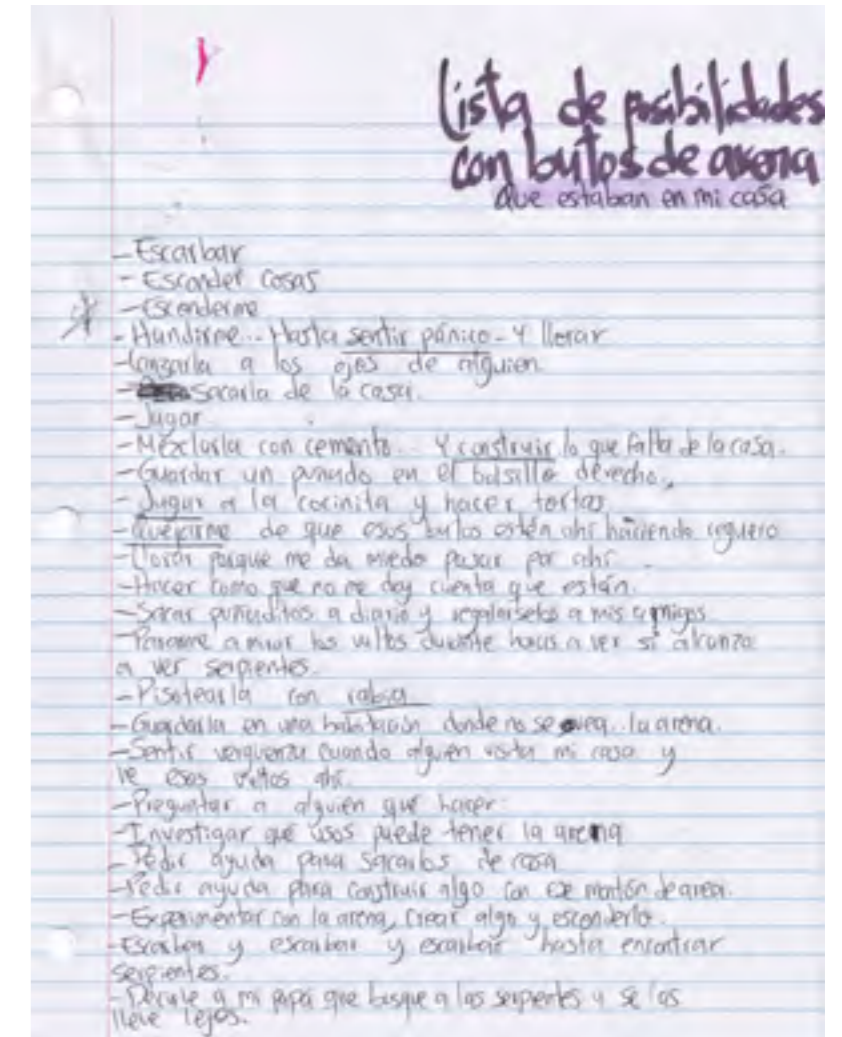
6 Extrañamente este temblor, es a la vez metáfora y no. Es jueves 17 de agosto de 2023 y, mientras escribo, la mesa de la biblioteca se empieza a mover. Hay un temblor en toda la ciudad, que más tarde tendría dos réplicas

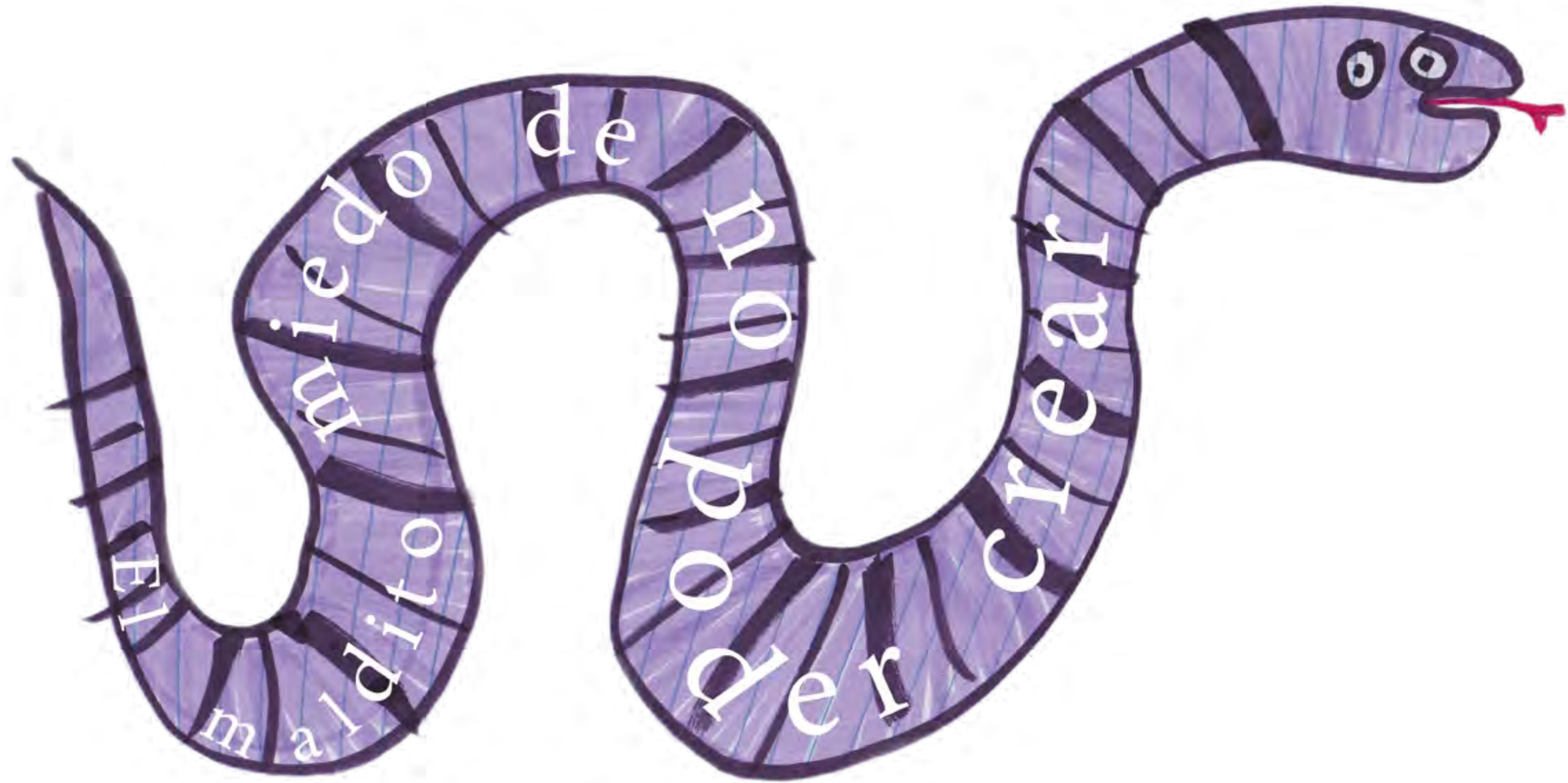
Las bases se hacen inestables, móviles, y el mundo se reubica.

todo
me
lleva
al origen
a la casa natal,
a la biblioteca que fue y vuelve a ser refugio,
a los libros,
las letras,
los cuadernos colmados de listas, mamarrachos y tachones. Volver al origen me lleva a mí misma, a escarbar entre los arrumes de mi propio sótano. A propósito, hace unos días le hablaba a un amigo sobre Bachelard y su concepción metafórica del sótano, de su lugar en la casa y cómo yo me identificaba con su noción de éste como lugar que alberga los miedos, “El ser oscuro de la casa, el ser que participa de los poderes subterráneos (...) En el sótano se mueven seres más lentos, menos vivos, más misteriosos.” 50 “¡Qué va!, en nuestras casas cualquiera hay sótanos, ¿o es que en la tuya sí? Pregunta mi amigo.

Sí, la casa en la que viví mi infancia, la casa de mi abuela que estaba en construcción, tenía un sótano o más bien, un cuarto de chécheres como le llamamos aquí. Cuando mi amigo me preguntó eso, recordé que cuando era muy pequeña, algunas veces no diferenciaba entre los sueños y la realidad. Tenía una pesadilla recurrente que concibió en mí, la creencia de que en este lugar profundo de la casa, habitaban serpientes enormes. Este lugar era oscuro, misterioso y lleno de polvo, allí no solo se almacenaban muebles y cosas viejas; también y sobre todo, había materiales de construcción para terminar de construir la casa: ladrillos, bultos de cemento y montones de arena, montañas donde vivían las serpientes. “Y el drama crece, y el miedo se exagera. ¿Pero qué cosa es un miedo que deja de exagerar?” (Bachelard, 1998, p.51)

Es así, como el escarbar en la profundidad de mi propio sótano, me obliga a mirar a la niña que fui y, sobre todo, a enfrentar mis miedos, esas serpientes enormes que probablemente me encuentre al sumergirme entre los bultos de arena, cemento y demás materiales que siempre estuvieron ahí, dispuestos para la construcción de una casa. Probablemente Matija tiene razón, siempre hay una parte que ya está, así que decido tomar de la mano a mi yo de 5 años para invitarla a construir, a crear con los materiales que están allí dispuestos entre el caos, la oscuridad y las serpientes enormes; a volverme hogar mientras todo tiembla adentro y afuera⁶.





¿y por qué?

- Pregunta la niña que fui.

Me interesa cuestionar y hacer consciente la forma en que me habito y he habitado, en relación a otros seres con quienes comparto territorio, mundo. En ese sentido, me interesa asumir una postura ética y política frente a mi posición en el mundo.

Es por eso que, en este caso, el presente no me es suficiente. Considero fundamental el hecho de narrar desde dónde partí en el camino de mi investigación creación. Todo empezó hace mucho tiempo con mi infancia como protagonista, con la curiosidad, la lectura, la escritura intuitiva. Y a eso, debo darle su respectivo lugar, uno muy importante.

(...) nos desplazamos por rutas en donde tiembla lo que hemos sido, el pasado, el presente, el goce de encontrar la voluntad de la luz sobre los objetos, los seres, las estaciones del recuerdo, los temores y el deseo de que algo sea digno de reconocimiento y se sostenga en el tiempo. El mundo que acontece desde y al interior del lenguaje.⁷

Hoy, que escribo esto, 24 años después de que mi padre trajera el libro que compró en un bus, 20 años después de que llenara de palabras un cuaderno amarillo y 14 de hacerlo en uno de color vinotinto, hoy decidí cartografiar lo que tradicionalmente se llamaría una justificación del problema tomando varios elementos que considero fundamentales debido a mi relación personal con la escritura y la creación artística, que están también en la base de este, mi proceso de investigación creación:

⁷ Camila Charry Noriega en el prólogo de Espacios Habitables de Daniela Prado, 2022.

Mi relación con la lectura y la escritura, y creo que en términos generales las de cualquier lector o lectora, está mediada por la intuición. Por supuesto, este se capta con más facilidad cuando la lectura se realiza en los márgenes de una *lectura académica*, la cual se realiza con unos fines prácticos.

En una lectura libre, por así llamarla, los elementos que nos resuenan están profundamente ligados con las búsquedas internas en las que estemos en ese momento. Siempre leemos a partir de lo que somos, el libro es en gran medida un espejo. “Los libros son buenos amigos para habitar el mundo (...) Los libros me permiten construir un hogar esté donde esté. Son como las fogatas que alumbran la noche en el bosque.” (Besse, 2019 p. 171-172) En especial, cuando estamos en momentos de crisis, con la necesidad de respuestas. Y nuestra escritura, en consecuencia, también se refleja en ello.

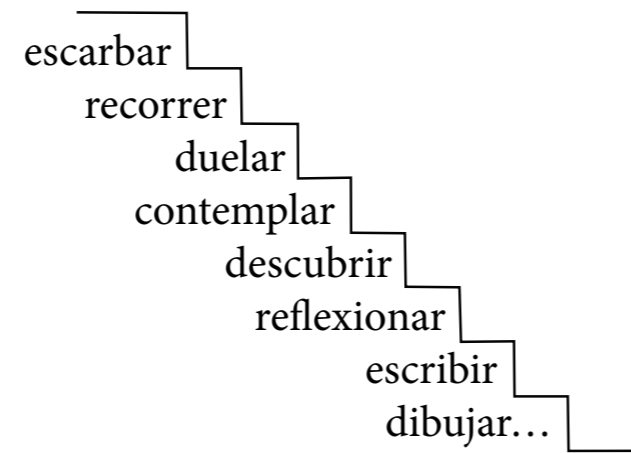
Así, podríamos hablar de una especie de intuición ilustrada: un ejercicio en donde no solo tengo un conjunto de referentes que cuidadosamente he seleccionado y agrupado en un campo del conocimiento cerrado, sino también lecturas de otros campos que relaciono por mi necesidad de encontrar respuestas —desde la sociología hasta la poesía, desde la filosofía hasta las voces de mis estudiantes y los relatos familiares—.

Amplíe, como mi yo adolescente lo hizo, el campo de lo conocido para entrar libremente a otros territorios; un poco sin rumbo, encontrando respuestas por fuera del mapa del saber académico tradicional y sus metodologías. Una intuición guiada por mis saberes académicos y no académicos, mis experiencias personales y profesionales, mi universo emocional y sensible. Este es el camino en el proceso de mi investigación creación.

Durante el proceso de indagación sobre la investigación creación, percibí el lugar central que tienen los referentes geográficos, tanto en metáforas como en hechos concretos y reales. El momento vital en el que estoy, me hizo dejarlo todo atrás, ya no habitar el barrio que en los últimos años sentí mío, volver a la casa de mi padre y madre, añorar la casa en la que viví mi infancia junto a mi abuela —la misma casa en la que estudié porque a su vez era un colegio—; comprender como diferentes territorios han sido y no un hogar. Y es que los espacios, las casas, los barrios, me han inquietado profundamente a lo largo de mi vida.

Es por esto que me interesa interrogar las formas en que habito el mundo y me relaciono con él y cómo el construir, el crear, el cuidar es vital en este camino. Hablar del habitar, implica abordar la casa con sus formas, concepciones y significados, es indispensable y será el mapa que me guíe. Pues, como afirma Bachelard en su *Poética del espacio*, “todo espacio realmente habitado lleva como esencia la noción de casa” (1997).

Me pregunto cómo hace la reinita canadiense para saber cuál es su casa. ¿Su casa es Canadá, porque nació allá? ¿O su casa es el trópico, porque es ahí donde elige pasar la mayor parte de su tiempo? ¿O su casa es el camino entre esos dos lugares? ¿O su casa es la sensación que le genera en el cuerpo la señal magnética de la Tierra que le dice cómo seguir ese camino? ¿O su casa es la Tierra que hace posible ese camino? ¿Si la reinita siempre sabe dónde está, entonces sabe siempre quién es? ¿Se pierde a veces la reinita? ¿Qué tan grande es la sensación de casa que cabe en ese cuerpo tan chiquito? ¿Qué tan grande puede ser el vacío que deja cuando siente que ya no está? (Matija, 2023, p.73)



Subo y bajo las escaleras, desde el cuarto de chécheres, hasta la terraza, entre la sombra y la luz. Entro y salgo de mi casa interior, de mis casas, para verlas desde afuera, y de paso asomarme a otras casas, a otros hogares, otros territorios. Es así como en el camino me encuentro con otras presencias, otras voces —en los libros, en la calle, en las infancias, en mi familia— en las que logro reconocirme (o no) desde el asombro y la emoción de descubrirme en experiencias, ideas, preguntas, propuestas de esa otredad que me interpela para dialogar sobre eso que vengo interrogando desde hace tiempo: el habitar.

Esta idea de construir y habitar un libro refugio, un libro hogar, me lleva a la vez a cuestionarme el para quién, para quién las palabras e imágenes que contenga. Siento que necesito un libro, como dije en el epígrafe de este capítulo, que sea solo para mí. En este sentido, esto implica indagar sobre la expresión estética y su función, sus límites y, más específicamente, en cuanto a la materialidad del libro, si se puede entender un libro de artista como tipología que se acerca al tipo de creación que deseo hacer.

A propósito, Daniela Acosta (2017) en su tesis *La Madriguera* manifiesta: Nuestro ejercicio se basa en la firme convicción de que hay cosas que no pueden ser narradas de forma efectiva a través de la palabra escrita. El libro como formato permite que su contenido sea durable, transportable, atesorable. El lector en su casa. El lector y el secreto sombrío que se le cuenta en silencio. (p.106) “Quizá cada uno de nosotros se hace su propio libro, reuniendo fragmentos dispersos de los que se ha apropiado: un libro habitable.” (Petit, 2008, p.88)

Lo anterior, el rumiar estos interrogantes, me llevó a la investigación creación como una metodología que me permitió acercarme, alejarme, cerrar la puerta, incluso estrellarla con frustración en más de una ocasión y, sobre todo, encontrarme en diálogos continuos con el mundo que habito, me habita y he habitado. Todo esto desde el trabajo creativo permanente y la reflexión constante, como apuestas fundamentales de la investigación creación.

Por eso, consideré importante asomarme a las puertas que de manera fortuita surgían y que la intuición decidió si se se atravesaban o no, y que conjugan el saber, el pensar y el sentir.

Todo esto, desde mi experiencia personal, profesional y académica atravesadas siempre por lo sensible. Por eso es fundamental traer a Bachelard, quien dice que “una intuición no se demuestra, sino que se experimenta. Y se experimenta multiplicando o incluso modificando las condiciones de su uso.” (1999)

Esta permanente reflexión de volver al origen, me lleva al camino que a continuación presentaré, para dar cuenta de las rutas que tomé durante este proceso, a través de cuatro puertas fundamentales, iniciando por la puerta No. 0, en la que narro como este proyecto empezó siendo otro; las puertas 1 y 2 donde hablo del dolor y la literatura escrita por mujeres como refugio y finalmente la puerta No.3 donde se encuentran las madrigueras de escritura, resguardando mi creación.

Vale la pena mencionar que en el proceso de escarbar mi propio habitar, descubrí un patrón en mis cuadernos de dibujo en los que a lo largo de los años abarco una estrecha relación con la figura de la casa, el hogar y el refugio desde lo simbólico, lo metafórico. Por esta razón, tomaré algunos de esos dibujos como antecedentes personales que acompañarán ciertos apartados de este texto y que fueron insumo para la obra final.

capítulo 2

Habitar-es

Refugiarse en otras voces

A continuación, se presentan algunos apuntes de una conversación informal con niños y niñas de 6 años durante una actividad de dibujo libre, en la cual las preguntas: ¿Han escuchado la palabra habitar? ¿Qué significado creen que tiene?, Detonó las siguientes concepciones:

Habitar es como estar en un lugar; por ejemplo, habitamos el colegio, el salón, habitamos nuestra casa...

Una casa es...

Un lugar para que uno viva ahí. Es una estructura con ladrillos, madera... También hay de otros materiales. Sirve para guardar cosas como flores, juguetes, muebles, comida. También hay personas y animales que viven ahí para protegerse. Una casa es como un hogar.

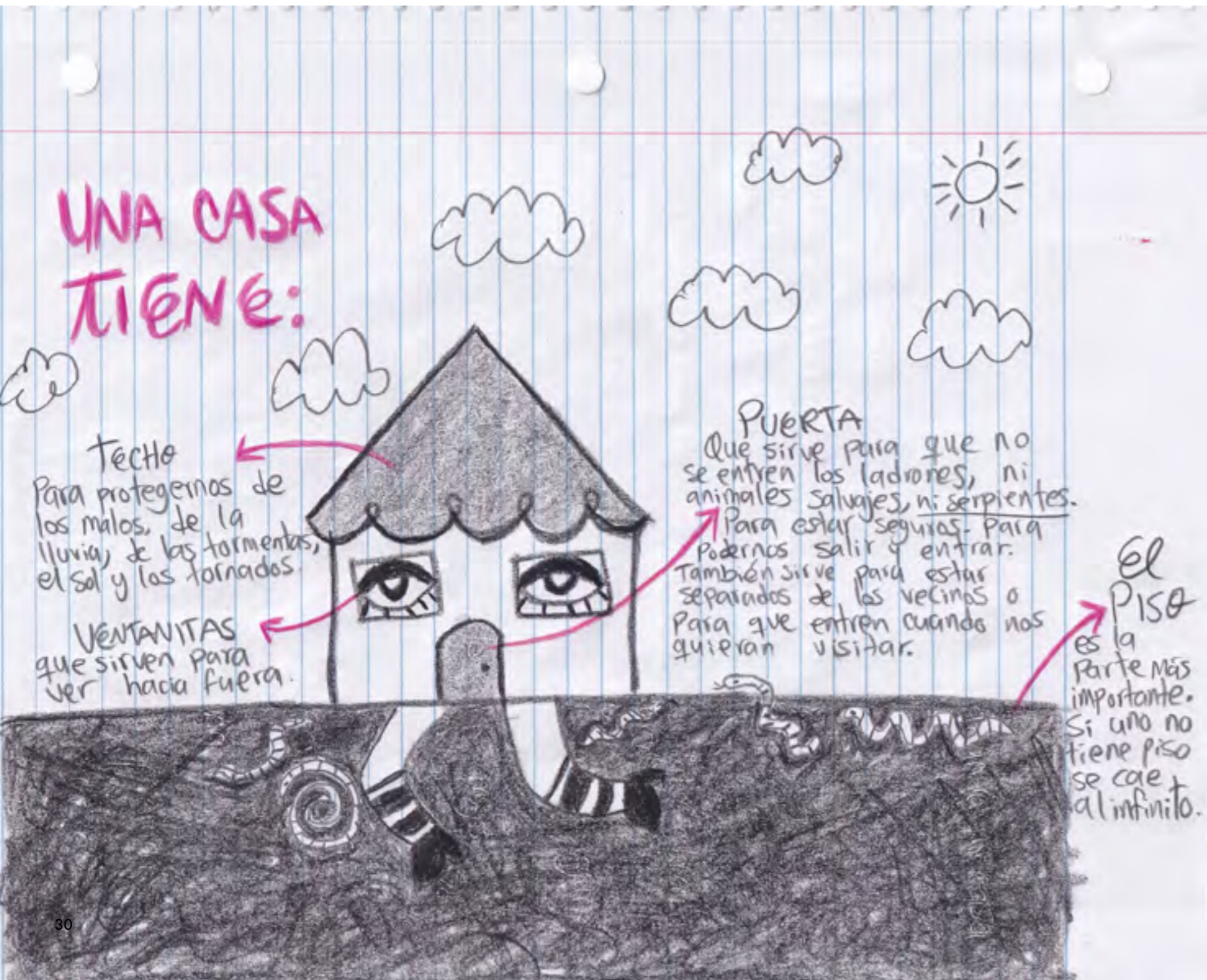
Un hogar es..

Un lugar donde uno siente que se puede quedar por siempre.

O sea, una casa es como un hogar. Una casa y un hogar pueden ser lo mismo, pero el hogar se puede distinguir de muchas formas; por ejemplo, una cueva puede ser un hogar para los lobos y el hogar de los conejitos y las ratas, una madriguera. Una cueva sirve para un refugio de animales.

Un refugio es...

Donde uno puede estar a salvo y que nadie le puede atacar.



Vitrales exhibidos en el Colegio Gimnasio Los Pinos.
Archivo personal 2023

Cuando algún tema nuevo me interpela, permea diferentes aspectos de mi vida, especialmente mi ser maestra; la pregunta por el habitar/los habitares, no fue la excepción. Al iniciar esta investigación-creación, trabajaba con niños y niñas, a quienes un día les propuse conversar sobre el habitar y la casa. La conversación trascendió a una propuesta curricular y posteriormente a una muestra artística que se expuso a la comunidad escolar:

En el énfasis de artes visuales de primero a quinto de primaria, el proyecto Hogares animales se planteó a partir de la indagación de conceptos como habitar, casa, hogar y refugio; asumiendo una postura reflexiva, discutiendo sobre las diversas maneras de habitar el mundo y de relacionarnos con los demás seres, deduciendo que, el planeta Tierra es el hogar de todos. En ese sentido, se identificaron diferentes tipos de hogares que pueden existir en el mundo y finalmente nos centramos en los hogares de los animales; cuevas, nidos, madrigueras, telarañas, entre otros. Así, se seleccionaron algunos para representarlos gráficamente, teniendo en cuenta factores geográficos, climáticos y su ciclo de vida. Finalmente, estos dibujos se consolidaron en vitrales elaborados con Vitraplom y Vitraseta sobre acetato.⁸

⁸ Texto curatorial para la exhibición de vitrales titulada Hogares animales, en el marco de la muestra final de artes visuales en el Colegio Gimnasio Los Pinos durante el mes de noviembre de 2022.

Fueron ellos, quienes tomaron las riendas de la conversación hablando de chozas, edificios, iglúes, nidos, cuevas, madrigueras; todo vinculado a la casa.

la casa me
cueva,
la casa me
anida,
la casa me
techa



La casa como lugar donde decido estar, permanecer; donde de ser necesario, podría quedarme para siempre, porque es allí donde pertenezco.

(...) es muy notable que incluso en la casa luminosa la conciencia del bienestar suscite comparaciones del animal en sus refugios. El pintor Vlamink, viviendo en su casa tranquila, escribe: "El bienestar que experimento ante el fuego cuando el mal tiempo cunde, es todo animal. La rata en su agujero, el conejo en su madriguera, la vaca en el establo, deben ser felices como yo." Así el bienestar nos devuelve a la primitividad del refugio. Físicamente el ser que recibe la sensación del refugio se estrecha contra sí mismo, se retira, se acurruca, se oculta, se esconde (...) ¡Qué suma de animales hay en el ser del hombre! (Bachelard, 1977, P.125)



La casa como nido que me acuna, que me envuelve entre la calidez de sus ramas.



La casa como cueva que me protege de las serpientes y de las tormentas bajo su poderoso techo.

Vale aclarar que, en el hecho de abordar este tema con mis estudiantes, no había una intención más allá de conocer sus perspectivas y generar un diálogo informal; teniendo en cuenta que, en teoría, esta investigación nada tenía que ver con pedagogía.

Personalmente, durante el proceso de una investigación, suelo ser monotemática, quiero hablar del tema todo el tiempo con todo el mundo. Evidentemente, mis estudiantes no fueron la excepción en ese abordaje, pues son personas con una mirada, una opinión, un lenguaje, una voz legítima. Y a mí sí que me interesa esa voz. Vale la pena destacar a Altimir (2010), quien retoma a Rinaldi(1998) para mencionar que:

"La escucha es una actitud receptiva que presupone una mentalidad abierta, una disponibilidad para interpretar las actitudes y los mensajes lanzados por los demás y, al mismo tiempo, la capacidad de absorberlos y legitimarlos." En ese sentido, a los niños y niñas se les considera transmisores de cultura, capaces de crear y construir significados. "Es una condición indispensable para realizar auténticos actos de conocimiento y creación, que son los que configuran la condición del maestro potente (...)" (p.15)

En ese sentido, escuchar a los niños y niñas no solo implicó reconocer su voz, también permitió que sus reflexiones y construcciones simbólicas nutrieran procesos más amplios de análisis, reflexión y creación, pues su capacidad para articular ideas auténticas a partir de experiencias cotidianas, resuena con las perspectivas teóricas de diversos autores. Así, la práctica de la escucha, entendida como una apertura genuina al otro, se entrelaza con lo académico, creando un puente entre las perspectivas infantiles y los demás marcos conceptuales de esta investigación creación.

Lo anterior, teniendo en cuenta que, días después de culminar el proyecto de vitrales, me sumerjo entre textos de autores como Jean Marc Besse y Gaston Bachelard, entre otros, con la intención de abrir la puerta a los referentes teóricos. En sus textos se abordaban varias de las concepciones y términos a las que los niños y niñas habían llegado de manera sencilla, orgánica, intuitiva, partiendo de la palabra habitar: hogar, refugio, nido, cueva, madriguera, casa, techo, puertas, ventanas... Palabras aparentemente simples, incluso obvias teniendo en cuenta la temática, pero que tanto se han abordado desde lo académico, desde lo filosófico, lo poético y que se irán desarrollando en esta investigación.

Ahora bien, ubicar la voz de las infancias como introducción a este apartado en el que se abordarán diferentes perspectivas sobre el término habitar, resulta fundamental para esta investigación creación; teniendo en cuenta que, por un lado, el origen de este proceso es mi propia infancia.

En segunda instancia, lo instalo intencionadamente como una acción ética y política, en concordancia con el interrogante de esta investigación: mi propio habitar. A propósito de mi cuestionamiento sobre la manera en que habito el mundo, desde dónde lo hago, cuál es mi posición en él; he de reconocer y sobretodo, resaltar que como enuncia Rinaldi (1998) mi condición de maestra es lo que en gran medida configura mi habitar: desde la contemplación, el cuidado, la alteridad, lo intuitivo, el juego, el asombro, desde lo sensible ligado necesariamente a lo ético y lo político. De este modo, además, me vinculo a otras formas de conocimiento y creación, asumiendo esta última como una oportunidad de construcción que acoge lo individual y lo colectivo para expandirse desde una poética del saber:

(...) que tiene por principio desandar la condición privilegiada que la retórica intelectual reclama para sí misma y así descubrir la igualdad poética del discurso. Igualdad poética del discurso quiere decir que los efectos del conocimiento son el producto de decisiones narrativas y expresivas que tienen lugar en la lengua y el pensamiento común, es decir, en un mismo plano compartido con aquellos cuyo discurso estudiamos. (Rancière, 2010, p.8)

Ahora bien, retomando el aspecto principal de la búsqueda que me llevó por este recorrido, cabe mencionar que, lo teórico en tanto referentes académicos es una de las primeras puertas por las que ingresé, sin embargo, no fue la única, pues en algún momento del proceso y por razones que abordaré más adelante, cerré temporalmente ese aspecto considerado como lo académico-teórico, “lo formal”, “lo riguroso”.

Siempre mantuve un interés latente en el tema, sin embargo, el hecho de refugiarme en otras voces, en imágenes, y en las letras de otras mujeres fue esencial. Así como doy lugar a las voces de las infancias, de mi propia infancia y de relatos de mi madre y mis abuelas, más adelante daré un espacio especial al refugio de la literatura escrita por mujeres, teniendo en cuenta que si bien, como escritoras no instalan ciertos conceptos de forma explícita, indudablemente abarcan el habitar, su propio habitar de manera implícita desde la narrativa autorreferencial, tal y como lo estoy haciendo en este proceso, inspirada justamente, en la fascinación que me causó no solo el encontrarme, sino el refugiarme y sentirme totalmente acogida en esas voces, en esos modos, tan fundamentales para este proceso.

De este modo, la búsqueda desde lo intuitivo, de las conversaciones con los demás, de las voces de las infancias y de las letras dibujadas por mujeres, fueron puertas hacia refugios que además de cálidos son totalmente sólidos; ni más, ni menos, en comparación con lo que se considera formal según la academia.

Si no hay piso, nos caemos al infinito, dijo Simón de 5 años de edad, y aunque me tardé en reconocer el piso que me sostuvo, ahora afirmo con seguridad: sí, aquí piso firme, desde aquí me permito observar, escuchar y contemplar, para aprender, construir y crear.

Cabe resaltar que, sin duda, volví a pasar por la puerta de lo teórico. Si bien, la investigación creación permite ciertas libertades, se sigue instalando en la rigurosidad de lo académico, por ende, insisto en la importancia del diálogo constante entre diversas voces. Como bien afirma María Teresa Andruetto en su Libro La Lectura, otra revolución (2015): “Es verdad que los procesos de creación implican desvíos de la norma, pero también es verdad que necesitan nociones de las formas y de la sistematización del conocimiento para poder tomar los propios y singulares desvíos.” (p.22)

Y desvíos fue lo que hubo en este recorrido, una y otra vez sentí que no había piso, que caía al infinito, que necesitaba tierra firme para volver a creer en que podía crear.



capítulo 2,1

Habitar-es

Construir con otros

¿Por qué el **habitar** como centro de este proceso?

Esencialmente, porque habitar conjuga 3 principales acepciones:

→ Por un lado, como lo dijeron mis estudiantes es sinónimo de espacio de **protección** (casa, cueva, nido), **habitamos para estar protegidos.**

→ Segundo, está la connotación de **centro**, de un punto de referencia desde donde explorar el mundo, **habitamos lo que nos es conocido.**

→ Y, tercero, porque implica **construir** un espacio propio, **habitamos donde auténticamente somos.**

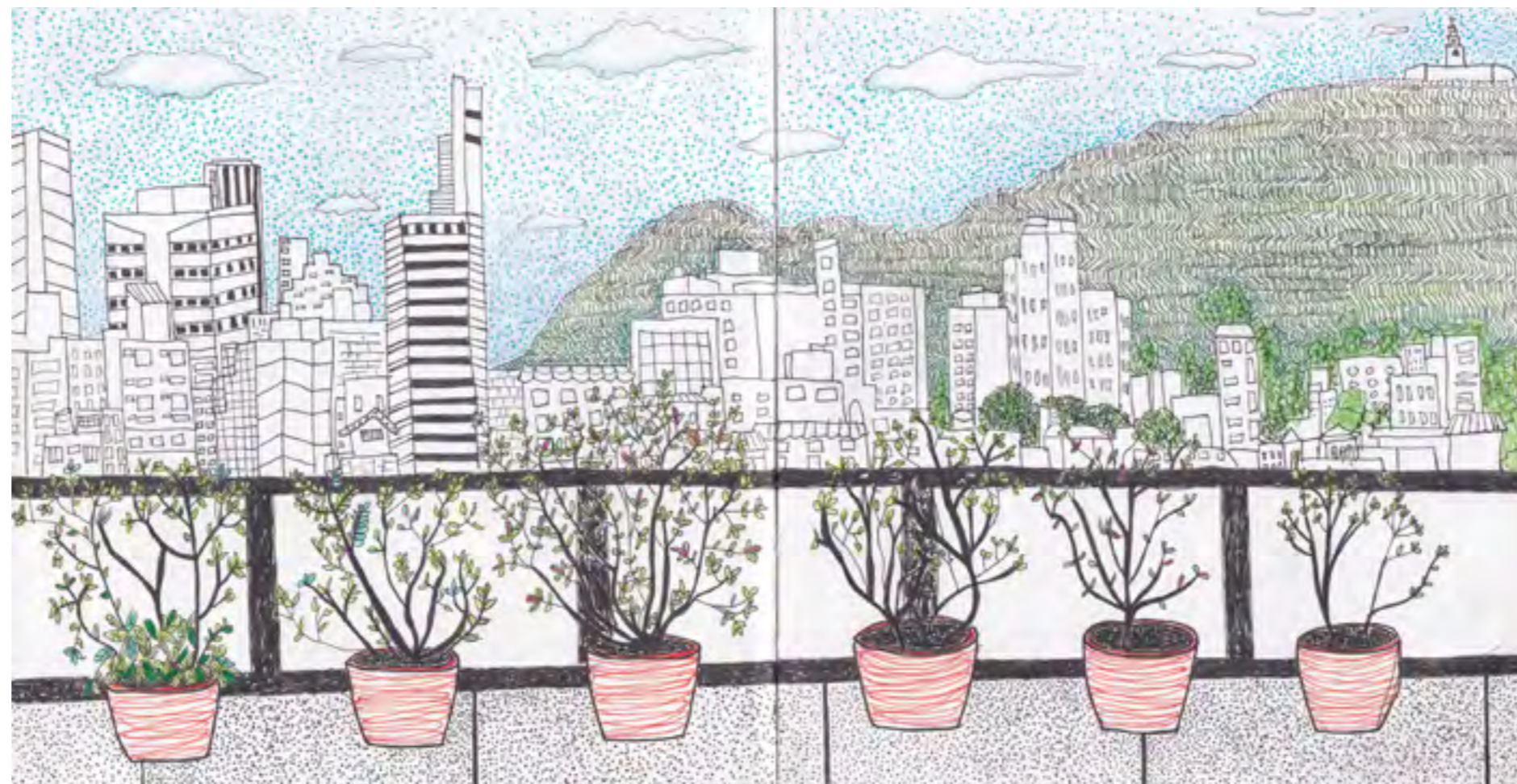
Creo que, en la conjunción de estos tres sentidos, se configura una forma del concepto habitar que implica una posición activa y consciente frente al espacio que ocupo en el mundo y cómo me relaciono con este. Es precisamente desde allí, donde continúo desarrollando mi postura ética y política; desde lo consciente, desde la constante reflexión por mi propio habitar en este mundo que tanto me inquieta, que me afecta directamente obligándome a reconocerme como *centro*⁹, para reconstruirme, restaurarme y fortalecerme como casa de mi casa, para que los constantes sismos más allá de sacudirme, no logren derribarme.

Me acojo entonces en las palabras de Jean Marc Besse (2019) quien bien describe este sentir al mencionar que:

Por todas partes se oyen desastres ecológicos y económicos, es decir, humanos: los trastornos climáticos, la aterradora disminución de la biodiversidad vegetal y animal, las múltiples formas de contaminación y la degradación de lo que todavía nos atrevemos a llamar “elementos naturales”. Pero también y sobre todo, el aumento alarmante de las desigualdades sociales y urbanas, y más aún, la ligereza e incluso el cinismo consciente de algunos dirigentes de grandes Estados: estamos sumidos en la intranquilidad. (p. 5) (...) Hoy es necesario redescubrir el significado del verbo habitar. Y, para ello debemos describir con atención los gestos, las decisiones, los hábitos, los lugares, los momentos y los recuerdos por los cuales sentimos que habitamos el mundo y que el mundo es nuestro. Estamos en la obligación de reencontrar, o de defender, ese sentido del mundo que coincide con el sentido de habitar. (p.6)

⁹ Bollnow (1969) desarrolla el concepto de centro afirmando que: es importante que el hombre encuentre un centro en su espacio, si, como veremos la realización de su esencia está ligada a la existencia de un tal centro, entonces ya no lo encuentra como un algo dado, sino que tiene que crearlo, afincarse en él y defenderlo de toda agresión exterior. Crear este centro se convierte así en la misión decisiva del hombre. Y éste la cumple construyendo y habitando su casa. (pág. 118)

Habitar, según Besse, implica una experiencia que es tanto personal como compartida y se manifiesta en el acto de descubrirse a uno mismo y al entorno. Es un proceso continuo de permanecer en el mundo y esforzarse por preservar su existencia. Esta labor constituye, probablemente, nuestra responsabilidad actual: sostener el mundo con el mayor cuidado posible, reconociendo nuestra conexión con los demás y con el entorno; actuar desde la atención y el respeto hacia todo lo que nos rodea. (p.7)



Dibujo desde uno de los balcones de la Biblioteca Luis Ángel Arango. Balcón que por cierto, es uno de mis lugares favoritos de la ciudad. Balcón en el que leí, escribí, lloré y dibujé, mientras estudiaba a Heidegger, Besse, Bachelard y otros señores que habitan entre los estantes de esta biblioteca y que tuve que visitar varias veces mientras hacía esta tesis.

Bien señala Ángela Giglia (2012) al problematizar el término en El habitar y la cultura, que en la práctica podemos habitar lugares que no nos protegen, que no nos ubican en el mundo (o hasta nos excluyen de él) o, como tanto escuchamos en nuestros días, en los que no somos o que no nos representan:

El significado de habitar como *estar amparado* no agota toda la complejidad implícita en la idea de habitar como sinónimo de relación con el entorno mediada por la cultura. Se puede habitar sin estar amparados, y se puede estar físicamente amparado sin habitar, es decir, sin saber dónde se está. En suma, si habitar no tiene necesariamente que ver con sentirse seguro y protegido, no con el lugar del descanso y de la reproducción, luego entonces se tiene que buscar una definición distinta de habitar, una definición más incluyente que no aluda sólo a la idea de amparo y protección (Giglia, 2012, p. 10)

Giglia acude a Radkowski, con su texto *Antropología del habitar*, y a Martin Heidegger, con su conferencia *Construir, habitar, pensar*, para buscar esta nueva definición.

De Radkowski, Giglia (2012) toma la idea de que *habitar* un posicionamiento consciente del sujeto en un espacio y tiempo específicos, logrando convertir ese espacio como un punto de referencia gracias al conocimiento del mismo. **Habitar implica tanto estar como saber dónde se está:**

(...) el habitar alude al reconocimiento de un conjunto de puntos de referencia que me hace posible saber dónde estoy, que me coloca idealmente en el centro de un territorio con el cual mi presencia puede ser relativamente estable pero también móvil, transitoria y cambiante. (p. 11).

Gracias a tal reconocimiento del espacio, podemos explorar el mundo con cierta tranquilidad, apoyándonos en ese punto de referencia bien conocido y estable. Sin embargo, resalta Radkowski, todo espacio es también *móvil, transitorio y cambiante*. Aunque esto pueda poner en peligro la estabilidad que nos hace sentir confiados, es también un rasgo esencial del espacio para ser habitable: poder moldearlo acorde a nuestras necesidades.

Y es que para Heidegger (2013), el espacio solo se habita cuando se construye: “construir es ya en sí mismo habitar” (p. 2) y se construye para que podamos ser en ese espacio.

Desde la etimología que construye de la palabra *buaen, ser y habitar* son una misma realidad: “¿qué significa “*ich bin*”? La vieja palabra “*bauen*”, a la que pertenece “*bin*” nos responde: “*ich bin*”, “*du bist*” significa: yo habito, tú habitas. El modo como tú eres y yo soy, la manera según la cual son los hombres sobre la Tierra, es el “*Buan*”, el habitar” (p. 2). Sintetizando, habitamos lo que construimos, construimos para ser y habitamos para poder ser.

Sintetizando:

habitamos lo que construimos,

construimos para ser

y habitamos para poder ser.

Además de esta relación *ser-construir-habitar*, hay una cuarta etimología que cierra el círculo: “*bauen*” también se relaciona con *cultivar y edificar*. Frente a esto, Heidegger (2013) rescata el valor de protección que comúnmente se asocia a la palabra habitar (y que fue nuestro punto de partida).

Bauen nos habla de dos tipos de protección: desde el cultivo, proteger los bienes del futuro, que tienen también una connotación de bien colectivo y los del presente, que protegen al sujeto y los suyos a través de la construcción de una casa, de una morada, contra los peligros del mundo exterior.

Para finalizar con Heidegger (2013), me gustaría resaltar un último aspecto, relacionado con el concepto de morada, con el lugar donde cada uno afirma que es su casa, su hogar:

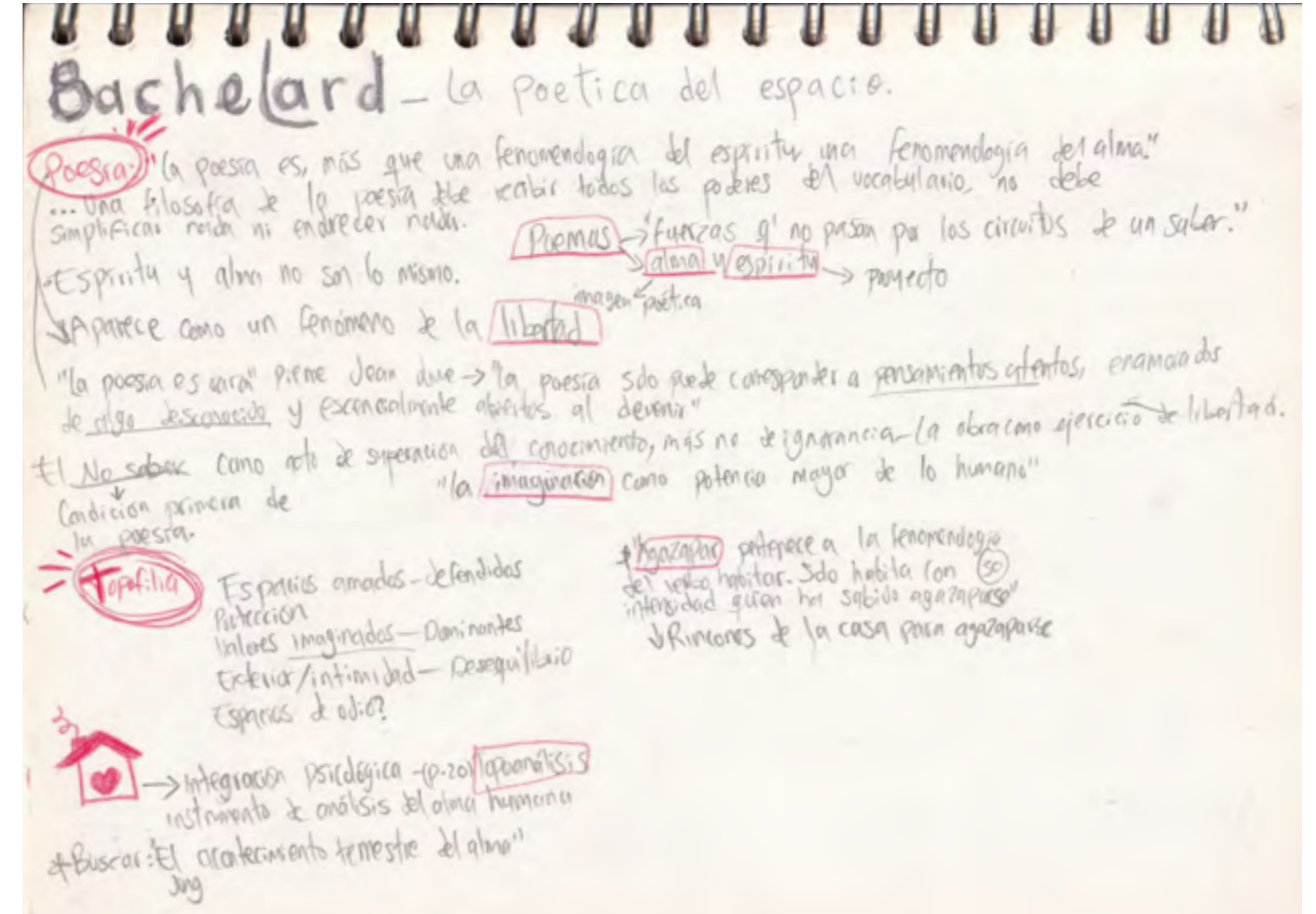
[...] para el camionero la autopista es su casa, pero no tiene allí su alojamiento; para una obrera de una fábrica de hilados, ésta es su casa, pero no tiene allí su vivienda; el ingeniero que dirige una central energética está allí en casa, sin embargo, no habita allí. Estas construcciones albergan al hombre. Él mora en ellas, y sin embargo no habita en ellas (p. 4)

Es decir, habitamos fuera de tales hogares o habitar no refiere solo el lugar donde nos alojamos. Como vimos, habitar implica saber que se está, ser, construir, proteger y no solo refiere a un espacio donde estamos pasivamente para protegernos.

Podemos o no, habitar nuestros hogares, nuestros trabajos, nuestras ciudades, nuestros países o el planeta en cuanto asumimos una posición activa de existencia con y para el entorno.

Esquemas para entender el habitar:

A partir de aquí, daré un lugar especial a Gaston Bachelard, un referente fundamental dentro de este proceso de investigación creación. A través de sus concepciones filosóficas y su lenguaje metafórico y poético, aborda el concepto de habitar y por consiguiente, de la casa.



La *poética del espacio*, ofrece una profunda reflexión sobre la casa como un espacio que trasciende lo material para convertirse en un lugar cargado de significados emocionales y simbólicos. Bachelard, al igual sostiene que la casa es un refugio donde se desarrolla la vida íntima y las experiencias más significativas del ser humano. En este sentido, la concepción de la casa está intrínsecamente ligada al acto de habitar, entendiendo este último como la forma en que los individuos establecen un vínculo emocional y existencial con su entorno.

Uno de los elementos más significativos en la concepción de la casa para Bachelard es el **techo**, que representa la protección y la seguridad. El techo no solo cubre, sino que también otorga un sentido de refugio: "El techo es un símbolo de la protección, el lugar donde se siente la intimidad y la calma". Esta imagen del techo como un elemento que nos resguarda del exterior resalta la importancia de la casa como un espacio seguro en el que se puede desarrollar la vida cotidiana.

La **puerta** es otro elemento clave que Bachelard destaca en su análisis. La puerta simboliza la transición entre el interior y el exterior, marcando el límite entre lo privado y lo público. Según él, "la puerta es un umbral, un lugar de encuentro que nos invita a salir al mundo y a la vez nos protege de él". Esta dualidad resalta la importancia de la casa como un espacio de pertenencia que permite al individuo interactuar con su entorno, al tiempo que mantiene su intimidad.

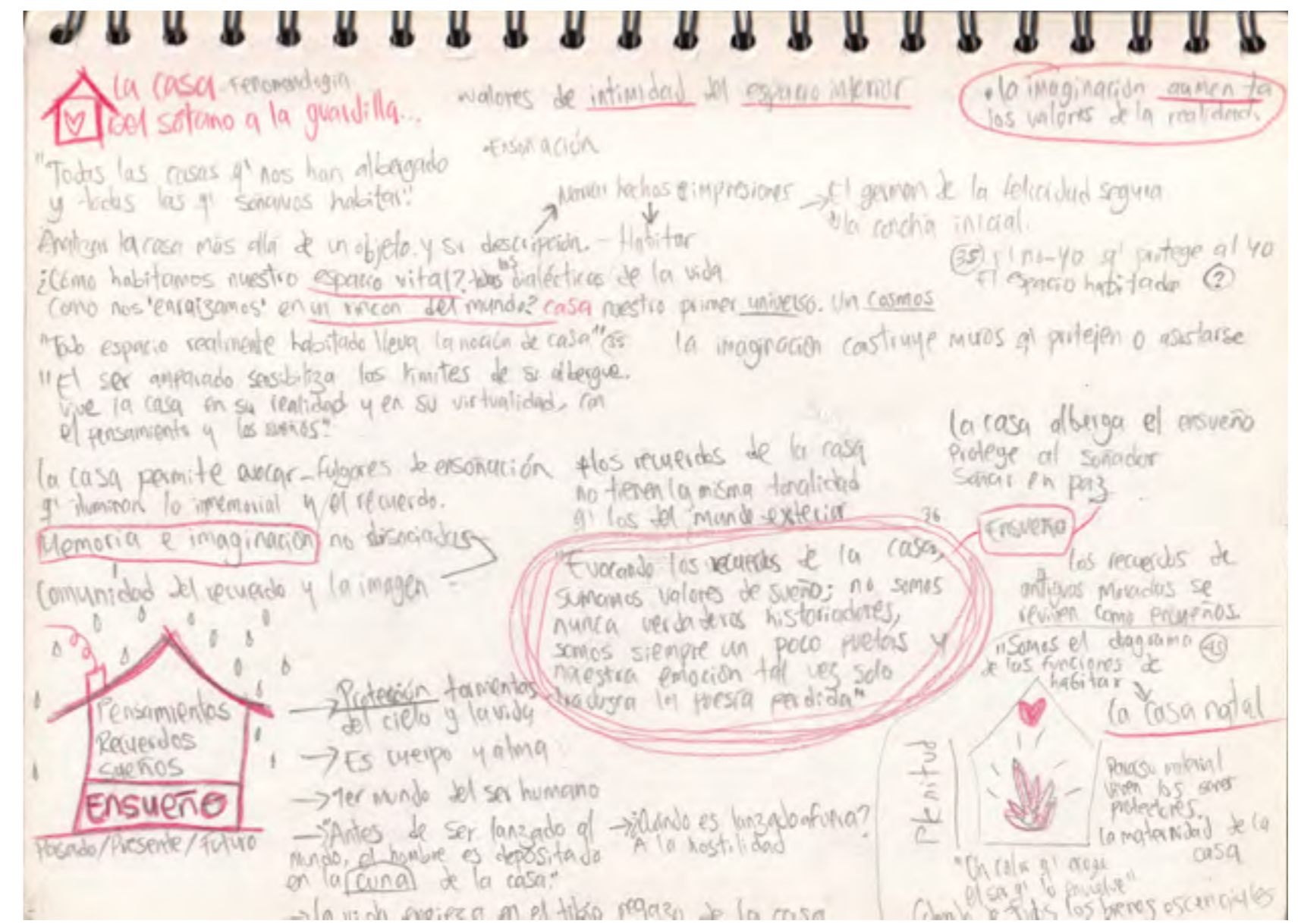
Las **ventanas** también juegan un papel fundamental en la concepción bachelardiana de la casa. Para él, las ventanas son "los ojos de la casa", permitiendo que la luz y el aire entren, al mismo tiempo que ofrecen vistas al mundo exterior. Bachelard señala que "las ventanas son los espacios

de la imaginación; a través de ellas, los sueños se proyectan hacia el mundo exterior". Este aspecto de las ventanas simboliza la conexión entre el interior del hogar y el entorno, favoreciendo la creación de una experiencia de habitar enriquecida por la luz y el paisaje.

El **sótano**, en contraste, representa un espacio de memoria y de los aspectos más oscuros de la existencia. Bachelard describe el sótano como un lugar donde se albergan los recuerdos, tanto los felices como los tristes: "El sótano es el lugar donde habitan nuestros temores y secretos, un espacio que guarda la historia de lo que hemos vivido". Este elemento subraya la complejidad del habitar, que no solo implica la vivencia de momentos agradables, sino también la confrontación con lo que se ha perdido y olvidado.

Finalmente, la **guardilla** simboliza la creatividad y el sueño. Bachelard describe la guardilla como "el espacio donde la imaginación vuela, donde se pueden tejer los sueños y las aspiraciones". Este lugar se convierte en un refugio para la introspección y la reflexión, un espacio donde el individuo puede conectarse con su ser más profundo.

En conclusión, la concepción de la casa según Gaston Bachelard revela la profunda relación entre el espacio físico y la experiencia emocional del habitar. Cada elemento de la casa, desde el techo hasta la guardilla, contribuye a la construcción de un sentido de identidad y pertenencia. La casa se transforma así en un espacio poético, donde se entrelazan la memoria, la imaginación y la vida cotidiana, permitiendo al individuo habitar no solo un lugar, sino también su propia existencia. Como bien señala Bachelard, "la casa es el lugar donde se vive el ser, y es en ella donde se encuentra el refugio del alma".



Sótano - Guardilla - Encinas - Careciores → Allí los recuerdos encuentran refugios más caracterizados topomorfosis

• Desocializar los recuerdos para abarcar los ensueños al tenerlos en los espacios del soledades

“Las cosas del recuerdo se resisten a toda descripción → pague serla enseñarlas. La casa tera debe conservar su penumbra”

“El tiempo lo es todo, pague el tiempo no anima ya la memoria” El inconsciente

“Estudio psicológico sistemático de los parajes de nuestra vida íntima”

“Más útiles q' los sueños”

Cuando la casa natal ya no existe quedan los valores de sueño.

Centros de intimidad → la imaginación grabando imágenes en la memoria

En sueño 2 Imaginación Salud Bienestar Fuerza

tejado Protección seguridad

tejado Centros sueños casa natal

Casa Onírica 47 terreno de sueños donde se enraizaron los recuerdos

la cabaña del ermitaño “Es una gloria a la pobreza. De es despojo en despojo, nos da acceso a lo absoluto del refugio.”

“El tejado agudo rebana las nubes”

verticalidad

Sótano

Teniendo en cuenta todo lo anterior, en esta investigación-creación entenderé el concepto habitar integrando las ideas y connotaciones anteriormente descritas para definirlo temporalmente como:

la acción consciente de estar en un espacio y transformarlo de manera real y simbólica para hacerlo propio, para usarlo como punto de referencia ante el mundo que le es ajeno y para protegerse (proteger) mediante prácticas y representaciones de quién es, de dónde viene y a qué aspira. (Pasado, presente y futuro).

A partir de esto, surgen los primeros interrogantes, pues he considerado tanto los espacios físicos como los simbólicos para abarcar lo habitable y es que, así como se habita una casa, un barrio o una ciudad, se habita también un recuerdo, una profesión, un duelo, una enfermedad.

capítulo 3

Abriendo Puertas

capítulo 3,1

Big bang

puerta cero

La casa del perro

Un par de sillas

Algunas ollas y perritos

Una estufa

Un mueble para guardar cosas

Una radio

Un tele (pequeñito)

Cuadros y afiches religiosos

Chaquetas colgadas en ganchos de ropa.

Plantas sembradas en macetas recicladas.

Hasta un gran sofá vi alguna vez

Todo comenzó siendo otra cosa.

En un principio, este proyecto intentó ser otro proyecto, o más bien, tuvo otra intención. El preguntarme por los vigilantes del barrio y sus casetas de trabajo, impulsaba mi constante interés por conocer y reconocer diversas formas de habitar el mundo, es por eso que inicialmente titulé el proyecto en plural:

Habitar-Es. Y fue así como emprendí este proceso.

Un día en medio de ese interés obsesivo con la figura de la casa, quise buscar fotos de la casa donde viví de niña. En el proceso, me encontré con fotos de cuando estábamos en pandemia; aún se hacían las clases virtuales, aún se sentía todo tan extraño. Lo recuerdo todo, mientras veo las fotos y me observo, y pienso en esa que fui. Entonces, en medio de la ansiedad que me producía todo lo que pasaba, encontré en la cocina un refugio, y descubrí que además de sabores; los aromas, colores y texturas me envolvían para descubrir la cocina como un acto creativo que al fin me permitía experimentar y compartir mis creaciones con otros. En la cocina no me daba miedo experimentar. No estaba la serpiente del miedo a crear.

A veces, cuando salía a mercar y comprar los ingredientes para mis ensaladas, pasaba por un parque cerca a mi casa que cada día llamaba más mi atención. Lo que observaba a la distancia, era una caseta; una pequeña caseta blanca con un montón de objetos a su alrededor.

Hubo días en que mi mirada era curiosa, otros en cambio, era más contemplativa y a veces, incluso un poco fisgona. A mi modo de ver, esta caseta daba la impresión de ser el hogar de alguien. Un hogar dentro del parque, una casita-caseta.

¿Alguien vivirá ahí? Me preguntaba cada vez que pasaba. Yo solo miraba a la distancia, mientras iba camino a comprar los ingredientes para mis recetas. Cada día me fijaba un poco más.

Cerca habían otras casetas y era extraño no poder ver los rostros de las personas que trabajaban-hababan esos lugares, tal vez no me fijé en ellos. Tal vez no me interesaban, mi fijación en ese momento, era con el espacio, el lugar, los objetos.

La caseta de Rodrigo.
Archivo personal. Septiembre 2022

Pasó la pandemia, volví al trabajo presencial, dejé de crear recetas y por lo tanto, dejé de pasar seguido por allí. Años después, volví. La curiosidad, el interés, las ganas de ver muy cerca lo que contenían esas pequeñas casetas se mantenían. Así que ahora, inscrita en una maestría, mi mirada curiosa tomaría rumbo hacía la investigación de estas casitas-casetas.



Al fin vi sus rostros, todos eran hombres. Algunos me rechazaron, otros se extrañaban o desconfiaban de mi interés, otros, al parecer, confiaron en mí. Lo había decidido, en efecto, no quería solo saber sobre sus casetas; definitivamente también me interesaba conocerlos a ellos y por qué no, cuestionarnos juntos, descubrir, aprender y crear.

¿Cómo habían llegado allí? ¿Por qué ese lugar tiene esa forma? ¿Por qué es tan pequeño? Ahora que lo pienso y si lo miro a escala, la caseta es a un humano, casi lo que es la casa del perro para el perro.

.....Y no sé ni qué pensar, ni qué sentir, ni qué escribir.

Alcancé a hablar con dos vigilantes, uno muy joven, si mal no recuerdo, 22 años. El otro, mayor, más de 70 años, Juan de Jesús, se llama. Lo visité dos veces, me mostró las flores que sembró en el jardín, algunos objetos que trajo de su casa, me contó de la perra y el perro viejo que lo acompañaban. Me habló también de su casa, de las gallinas y las plantas que allí tenía, del árbol de guayaba y del hecho de no tener vecinos junto a su pared; su casa y su caseta tenían varias cosas en común, mencionaba el mismo Juan. ¿Y los uniformes que usa? Los compra en la Plaza de España y en palabras de él, sin uniforme, la humanidad no lo iba a respetar; eso sí, jamás lo usaba cuando llegaba a su barrio, a su casa, porque qué vergüenza llegar con el uniforme de trabajo. Otras cuantas cosas me contó la segunda vez que lo visité en su caseta, mientras tomábamos tinto endulzado con panela, preparado en la pequeña estufa ubicada junto a la castea, cubierta por un plástico grueso que hacía de paredes y techo de la cocina.



La caseta de Juan.
Archivo personal. Octubre 2022

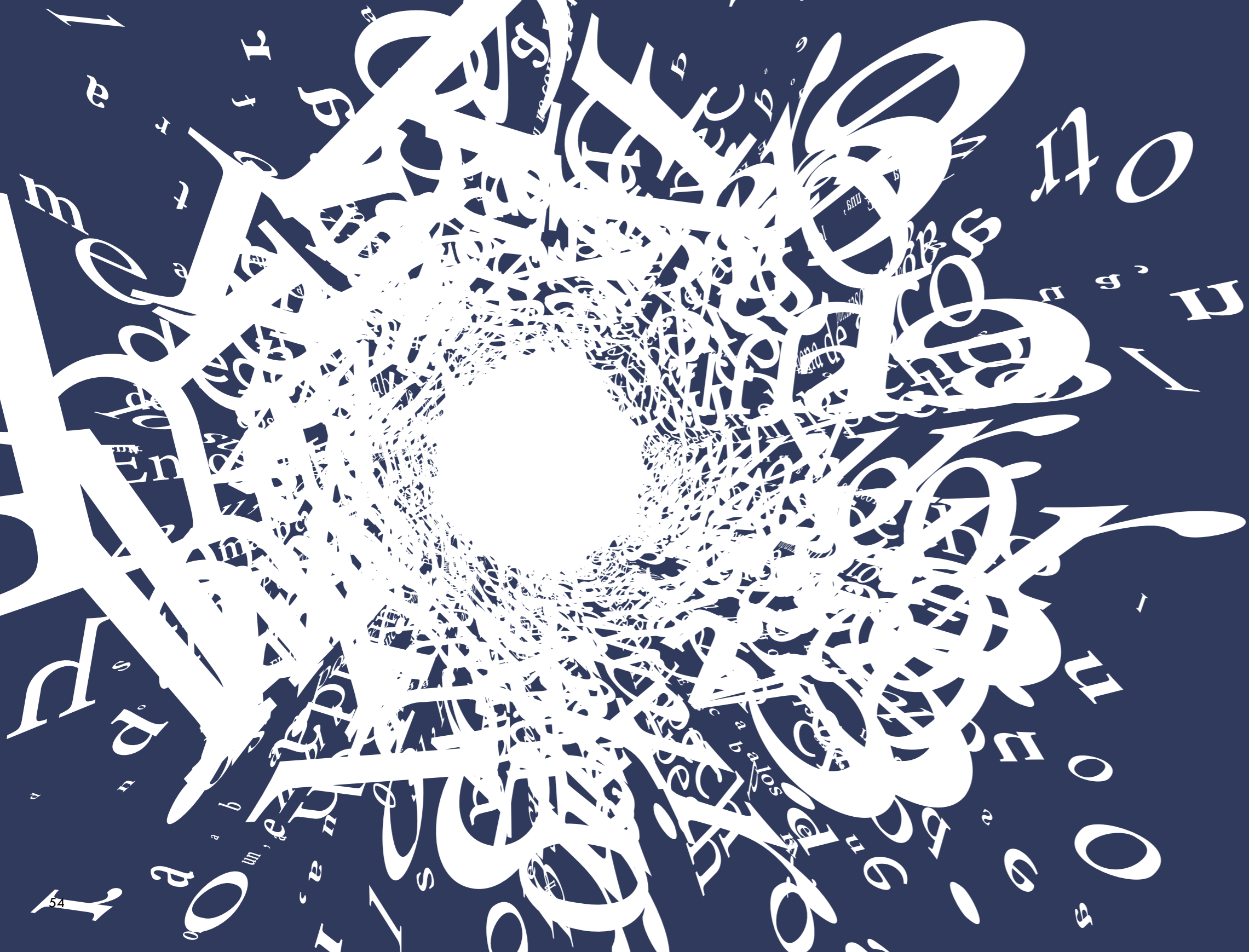
De inmediato me hice diminuta.

Sentí como *mi sistema nervioso colapsaba*,

como si algo *estallara* dentro de mí.

La luz del día estaba preciosa, pero ya se aproximaba la noche, era hora de irme. Le mencioné a Juan que la próxima vez que lo visitara, empezáramos un proceso de exploración para la creación colectiva que ya le había mencionado antes. Decidí entonces, hacerle unas últimas preguntas antes de despedirme, teniendo en cuenta que habíamos hablado de fotografía y que él había mostrado interés por esta técnica.

Juan de Jesús me respondió sentado en su vieja silla, mirando al vacío a través de los sucios lentes de sus gafas, mientras pronunciaba las palabras que, junto con su sonrisa disoluta, expresaron los deseos lascivos que tenía conmigo; cosa que, **por supuesto**, nada tenía que ver con el objetivo de mi visita.



Las palabras tienen poder le escuché decir a mi madre varias veces. Ahora yo lo repito, convencida de que así es. Las cosas nacen y existen cuando se pronuncian. ¿No se supone que Dios creó el mundo con su palabra?

“¡HÁGASE LA LUZ!”

Así de simple y eficaz fue. En definitiva, “El lenguaje es un modo de existencia.” El lenguaje produce el mundo.¹⁰ Cuando Juan de Jesús pronunció sus palabras, creó un mundo en el que existía la imagen de mí frente a él, complaciendo lo que su voz lasciva declaraba. Su palabra me capturó, me desnudó y de pasó lo desnudó al él también. Su palabra le arrebató el uniforme. Y sí, tenía razón, si no estaba uniformado, no existía respeto para él. Su humanidad se hizo visible, esta vez para provocar miedo, tristeza e incluso asco, aunque ese asco le haga peso a la culpa que sentí por estar allí.

Fue el instante en el que Juan me respondió, cuando el sabor del tinto se tornó tan amargo, al punto que tuve que mantener lo que quedaba en la taza, pensando en escupirlo unos pasos más adelante. Mientras tanto, nerviosa, confundida y con una presión en el pecho, aguantaba las ganas de escupir el último sorbo de café que acababa de poner en mi boca, allí lo sostuve por unos segundos y llena de asco lo tragué observando su mirada al vacío; porque él continuaba hablándome, pero no me miraba.

Tomé mi maleta, me despedí y en cuanto llegué a la esquina, boté lo que quedaba de tinto en mi taza. Grabé algunas palabras en mi celular, quería desahogarme mientras llegaba a la casa, escuchar de mi propia voz lo que acababa de suceder, porque extrañamente, me sentía culpable, y me avergonzaba contarle a alguien más. Al fin y al cabo, fui yo quien se acercó a un hombre desconocido, mucho mayor. ¡Incluso lo visité tres veces! Y hasta le llevé tinto, Chochoramo y me interesé en conversar con él por largo tiempo. ¡Qué tonta fui! ¡Qué mal hice las cosas! Pensé en ese momento. Yo no quería que él se sintiera incómodo, pero qué incómoda me estaba sintiendo yo.

10 Bachelard. (1999, p. 130)

Nada paso...

¡TODO PASÓ!

Llegué a casa, me senté y escuché a mi pareja decir:

¿Cómo te fue?

Bien. Respondí.

Y sentí que mi cuerpo se hizo pequeño otra vez, que volvía a ser niña, una niña que había hecho algo malo. Como una niña, pensé que escucharía un regaño, que merecía un castigo. ¡Estaba tan nerviosa! Enroscaba los dedos de una mano con la otra, mientras hablaba de lo sucedido y de cómo me sentía, mi respiración se aceleraba y se empezaron a derramar las lágrimas de *la culpa*, de la vergüenza, de la confusión, de la decepción. Pensaba en voz alta: no es tan grave, ¡yo sé que no es tan grave! mientras esperaba que me dijeran: ¡eso te pasa por no hacer bien las cosas! por no planearlas, por no considerar todas las posibilidades, por confiar en las personas, por creer en esa tonta idea de que las personas son como imaginas que son.

Transcurrió la semana, le conté a un par de personas.

No es tu culpa

Él debía contener sus palabras

¡Eso violencia de género!

Lo siento

Aun así, la culpa me tenía atrapada. Otras pocas personas me dieron a entender que no era para tanto, que podía recuperar parte de lo que llevaba del proyecto o que simplemente trabajara con otros vigilantes. Yo solo quería huir.

Toda mi vida he huido, probablemente, formé a mi mente en escapismo profesional y es que:

Tengo talento para empezar. Me gusta esa parte. Pero la salida de emergencia está siempre a la mano así que también me resulta relativamente fácil saltar al vacío cuando algo no me convence. Emprendo la huida hacia la nada a la menor provocación.¹¹

11 Gerber, V. (2022, p.9)

Y así, mi mente y cuerpo se pasman; mientras mi voz repite una cosa, mi mente asume otra.

Entonces huyo, hago a un lado esas situaciones e intento no volverlas a mirar, como el desorden que acumulo en mi habitación, en la mesita de noche, en los cajones del escritorio, como la mugre que se acumuló en la alfombra que luego guardé en el closet, postergando su limpieza y nunca más volví a sacar. Ahí está todo, pero si cierro la puerta, no sé ve. Como una bebé que cierra fuerte los ojos y cree que, si no ve a nadie, nadie la ve.

Huyo, y pienso en huir mientras escribo estas palabras, porque ¿a quién carajos le importa todo esto? Me siento de vuelta a la adolescencia escribiendo dramas en un cuaderno vinotinto.

Acumular, apagar la luz, cerrar la puerta y huir.

capítulo 3,2

Habitar-me

puerta uno

Soy mujer
Soy maestra
Soy ~~maestra~~ heredera de garabatos.
Soy observadora.
Soy contempladora.
Disfruto contemplar mi entorno, los lugares, las personas, los perros que duermen en los andenes, los trancitos percosos colgados de una cuerda en la tienda...
Todas las mañanas, de camino al trabajo, me fijo en la señora que vende tinto y sandwich vestida con una ruana y un goro de lana, me fijo también en el bicytaxi azul del muchacho que me lleva al trabajo, también está "Yiyis", la señora ~~que~~ encargada de el aseo de mi lugar de trabajo y que cada vez que puede se asoma a la ventana de mi salón de clase, porque dice que le interesa mucho el arte, que ella también pinta y que un día de estos me va a traer sus dibujos para mostrármelos.
Cuando regreso del trabajo ya no está la señora de los tintos en el puente, pero está la señora de los quesos y el bocadillo, ella siempre usa una gorra que dice: I ♥ school.
Pasa por la tienda ~~donde~~ donde están colgadas las lanancas percosas y me encuentro con un letrero muy particular: es una hoja blanca con el número de Nequi y muchos dibujos de figuras coloreadas por el nieto de la dueña de la tienda. ♡
...Llego a la esquina de mi casa, al parque donde está la caseta de vigilancia, esa que parece una casa pequeñita, donde parece que habita un hombre pequeño y corpulento que usa uniforme y gafas, que permanece sentado en una silla vieja bajo el árbol que cubre su caseta.

i Bang!

“Y a medida que las partículas se expandieron, se enfriaron y crearon nuevos grupos que, con el tiempo, se convertirían en las primeras estrellas y galaxias.”¹²



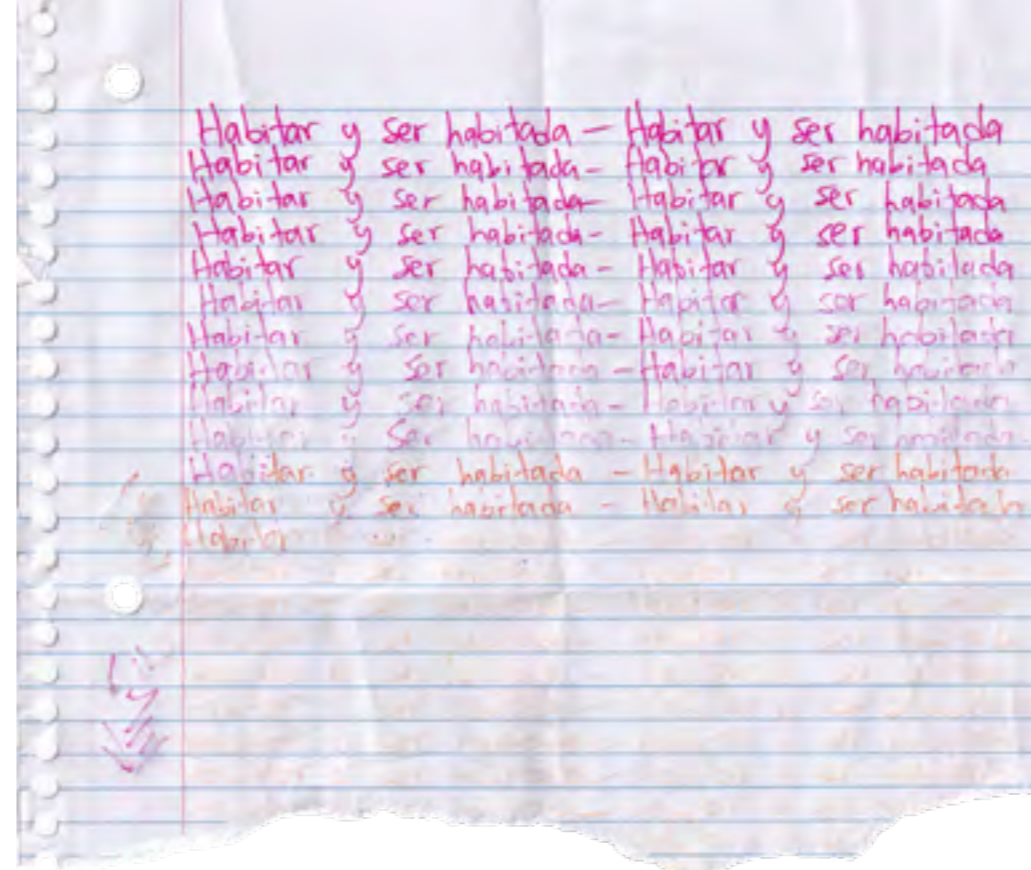
Los intereses, las ideas, las preguntas, incluso los miedos, saltaron en pedazos, se expandieron y se transformaron para crear nuevos interrogantes que cayeron directamente sobre mí.

Así, lo que en un principio se enfocó en los modos de habitar de otros, en los *Habitar-Es*, ya no se abarcaría únicamente desde la pluralidad. Es este el momento de sumergirme profundamente, para significar, para cuestionar desde dónde se habita, desde dónde se *-es* en el mundo y es ahí donde aparezco como un yo que habita y se habita.

~~Surge la necesidad~~ Me veo obligada a mirar hacia dentro de mi ser, a observar, escuchar, contemplar, *r e c o r r e r* y *c u e s t i o n a r* los tiempos y espacios que ocupo, que ocupa mi cuerpo, reconociendo que a éste también lo ocupan, lo habitan .

Silencio.
Archivo personal.
Cuaderno de dibujo
2023

¹² ¿Qué fue el Big Bang? National Geographic . (2022)



Me sigo cuestionando sobre cómo carajos retomar este proyecto, o más bien, cómo continuarlo. Decidí investigar, crear y construir un espacio propio, para auténticamente ser: para habitar-me.

Empiezo intuitivamente, por la ciudad y el barrio que habito en vínculo al pasado y el presente. Teniendo en cuenta que es un tema que desde siempre me ha interesado.

Me cuestiono, me cuestiono y me cuestiono. Creo que asumir esta posición de *reflexividad*, me hace más consciente del mundo que me rodea; de mis prácticas, mis creencias, mis interacciones, mis elecciones, para evaluarlas y en caso de ser necesario, redefinirlas. Para Giddens (1997), la

reflexividad es un práctica que se vuelve indispensable en el contexto de la modernidad, donde los cambios rápidos y la incertidumbre erosionan las certezas tradicionales. De este modo nuestra identidad ya no se construye a partir de las tradiciones que heredamos como certezas. En su lugar, debemos construir y reconstruir activamente nuestra identidad individual y colectiva, reflexionando sobre nuestras concepciones de mundo.

De este modo, continúo con la pregunta de ¿Cómo me relaciono con el espacio en la cotidianidad?

A veces es inevitable sentir, rabia y culpa de mi lugar; culpa del modo en que habito, del modo en que existo, tan privilegiado al de unos seres y con tanta desventaja frente a otros.

Y entonces vuelvo a observar. Un poco obligada, esta vez lo intento hacerlo hacia dentro, ¡pero como cuesta!
Hace unos días pensaba en la ciudad y los privilegios que en ella se dan y, por consiguiente, en las desigualdades. Las ciudades como espejos de nuestras sociedades, espacios donde se concentran tanto las oportunidades como las injusticias. En ellas, quienes poseen recursos económicos y políticos logran moldear el entorno a su favor, construyendo privilegios que muchas veces se sostienen sobre la exclusión de otros. Las dinámicas del capitalismo, no solo definen los paisajes físicos de las ciudades, sino también las vidas de quienes las habitan, creando profundas brechas entre los que tienen acceso a los mejores servicios, viviendas y espacios públicos, y quienes son relegados a las periferias. (Harvey, 2013)

Todo privilegio es injustificado y es precisamente desde el privilegio, de donde nacen los prejuicios, la discriminación y la vulnerabilidad de los derechos humanos. Es como si la ciudad en sí misma, segregara a unos y a otros “ustedes por aquí y ustedes por allá. Ustedes de esta manera y ustedes de esta otra. Ustedes con esto y ¡ustedes no!”

¿De qué barrio vengo?

Yo no elegí nacer y crecer en un barrio al sur de la ciudad de Bogotá. Ese barrio entre lomas con el nombre de un Santo. En San Isidro no había árboles, pero había macetas de colores con plantas en las terrazas de las casas; no había elegantes fachadas y porterías con el nombre del edificio o conjunto, ni vigilantes que saludaban a los vecinos en las noches al llegar de trabajo, en su lugar, había andenes pintados de colores y en las paredes, murales navideños desgastados por el tiempo. En las noches se escuchaba el pito de un vigilante, entonces, sabíamos que estaba haciendo su ronda de vigilancia por el barrio. En San Isidro disfruté por primera vez, una de mis sensaciones favoritas en la vida, bajar en bici por una loma, la loma de la cuadra donde vivía. En San Isidro se escuchaban las campanas de la iglesia anunciando la misa de las 6:00pm. En San Isidro viví en una casa grande, que fue mi hogar, mi colegio y posteriormente, mi trabajo. En San Isidro me robaron por primera vez; tenía 15 años y mi abuela materna me había regalado un anillo de oro que le habían regalado a ella. “¡Entrégume la plata!” me dijeron los ladrones después de quitarme el anillo amenazándome con un pequeño cuchillo en el cuello, a lo que respondí “Qué voy a tener, no ve que voy para el colegio”. A mí no me daban ni para las onces, mi mamá siempre prefirió empacarme lonchera. A veces hablamos y recordamos con cariño, cuando en mis primeros años de colegio me empacaba un pan rollo relleno con huevito revuelto; años después la felicidad era abrir la lonchera y encontrar una empanada, de las que hacía mi papá para la tienda que tenía; y en bachillerato, un yogurt, fruta y galletas Oreo, que a veces regalaba, porque entré en la onda *light*.

El colegio donde estudié era católico y femenino, quedaba cerca, 15 minutos caminando rápido, pero siempre llegaba tarde, ¡siempre! Estudiaba en la tarde y salía al anochecer, volvía a casa acompañada de Viviana y Lorena, con quienes compartimos camino desde la primaria. Cuando éramos pequeñas, nuestras familias se turnaban para llevarnos al colegio: un día la abuelita de Viviana, otro día el abuelito de Lorena, otro día mi papá y así sucesivamente. Ya en los últimos años de colegio, el turno de acompañarnos a casa era de nuestros novios...



¿Qué más quiero contar?, ¿A quién carajos le importa esto?

Me siento estúpida escribiendo. Otra vez la vergüenza; otra vez la culpa, otra vez los miedos, las serpientes.

Y siento ganas de huir, siento como arde el estómago al imaginarme en un proceso de creación, uno individual, uno propio, que expongo exponiéndome.

Sé muy bien de dónde vengo. Pero no tengo ni idea para dónde voy.

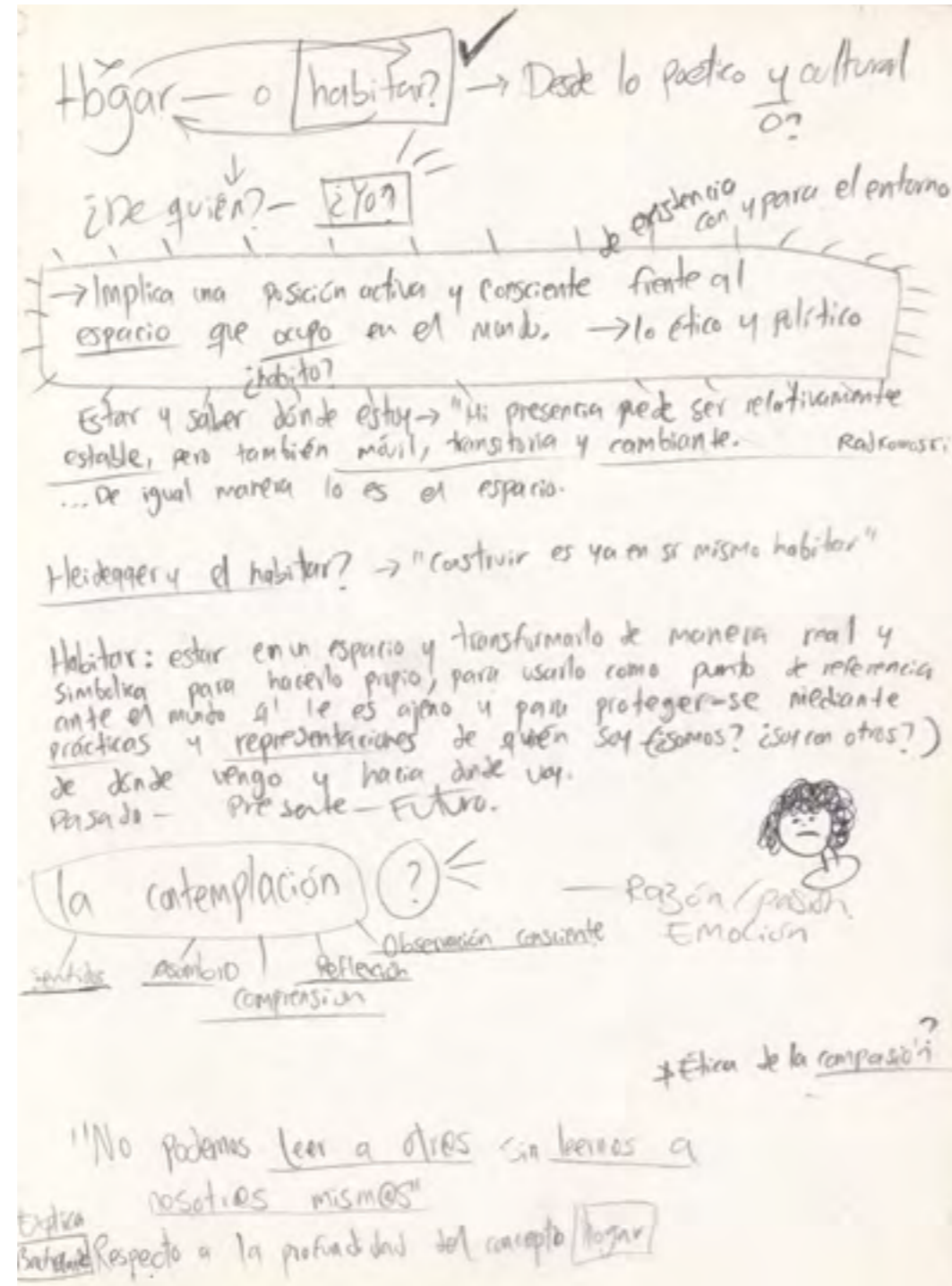
Entonces vuelvo a acudir a mis cuadernos:

En medio de esa intención de querer mirar hacia adentro, manteniendo el vínculo con el concepto central de este proceso, continúo mi ruta-no-ruta focalizando la mirada en el presente. Empiezo a reconocer mi cuerpo como casa, y desde aquí decido mirar a través de esas ventanas que, como dijeron mis estudiantes: permiten estar en conexión con el exterior, a través de la mirada. Si me asumo como casa, supongo que también tengo una puerta; recordemos que los niños también manifestaron que, básicamente la puerta tiene dos funciones: la primera es negar el acceso a criaturas extrañas y peligrosas (como serpientes); la segunda, dependiendo de si está abierta o cerrada, es permitir o negar la visita de vecinos. Y aquí quiero hacer énfasis en algo: la puerta implica tomar decisiones: ¿a qué o a quién le permito la entrada? ¿a qué o a quienes les permito visitarme? ¿hay lugar para algo más aquí?

En ese orden de ideas, también surgen otras preguntas: ¿y si de repente olvido cerrar la puerta? ¿y si me distraigo o me equivoco y dejo entrar a un huésped que no debía?

Nuestro cuerpo es nuestra primera casa, el primer lugar de habitación, el primer habitáculo, un recinto más o menos basto en el que le doy forma a mi ser personal. Pero es también una casa habitada, poblada por un gran número de objetos que subsisten o que pasan de manera más o menos errática. Estructura ósea, flujos, humores, fugas, prótesis diversas...Una casa muy visitada, de contornos a la vez muy duros y frágiles que autorizan, o no, ires y venires permanentes entre el interior y el exterior. Mi cuerpo es un espacio de circulación, un espacio animado. Besse (p.233)

Cartografiando preguntas sobre el Habitar-me.
Cuaderno de apuntes
Archivo personal
2023.



Desde el principio de este proceso, hubo bastantes habitantes y huéspedes que afectaban mi casa-cuerpo de diferentes maneras: desde la memoria, la enfermedad, el amor, la (maldita) ansiedad, la ternura, el arte, las historias, el dolor... Con esos huéspedes y otros tantos, que entraban y salían debía gestionar, entre otras cosas, un divorcio, una mudanza y una tesis de maestría, en la que había decidido trabajar desde lo autorrefencial. Uno de los líos es que había cerrado la puerta fuertísimo. Estaba atrapada en mí misma y solo buscaba la forma de huir.

Cuaderno de apuntes
Archivo personal
2023.



Este texto nace en la Biblioteca Nacional en la mañana de un sábado. Después de hablar por teléfono con mi asesora de tesis y contarle que me sentía muy frustrada, que no sabía qué rumbo darle a este proyecto y que en los últimos días estaba pasando por episodios muy fuertes de ansiedad, debido al proceso de mi divorcio. En ese momento, ella me sugiere que escriba sobre eso de lo que tanto le he hablado en las últimas semanas: la maldita ansiedad.

capítulo 3,3

Mujeres Refugio: La literatura como fuerza inspiradora *puerta dos*

Asomarse. Involucrarse. Alejarse. Cuestionarse.		
Reflexionar		
Empezar de cero		¿Empezar de cero?!
Preguntar una y otra vez	Rescatar	Dialogar
Perderse		
Leer	Contemplar	aprender
	S e n t i r	

En la infancia le hacemos preguntas a todo, todo el tiempo. Exploramos el mundo desde del juego, los sentidos, el asombro, la imaginación, la libertad. Nos interesamos y desinteresamos en las cosas constantemente.

“¿Y POR QUÉ?” Preguntamos todo el tiempo esperando la respuesta del mundo para dialogar con él, con sus múltiples voces, construyendo así, nuestra propia versión de mundo, nuestros propios sentidos y significados. Basta con contemplar la manera en como los niños y niñas se relacionan con el mundo y lo hacen propio, basta con poner la lupa en sus creaciones para comprender que “la infancia es ciertamente más grande que la realidad”. Bachelard (1957, p.46)

Como ya lo he mencionado, gran parte de mi vida he sido maestra; sin embargo, es durante el proceso de esta investigación-creación que asumo la intuición como aspecto legítimo y esencial de la creación, esto, debido justamente, a mi vínculo con las infancias y los aprendizajes que de allí devienen. Ese responder a los sentires, esos modos de ser, hacer, crear desde la intuición y la imaginación, desde la pregunta permanente por el mundo y el diálogo con él, definitivamente está implícito en los procesos creativos-investigativos.

Pero ¿qué pasa cuando a esos modos de crear y explorar el mundo, se les exige una estructura para ser legítimos?

Como afirma Acosta (2017), sabemos que los modos tradicionales, académicos de investigación establecen rutas en las que se debe obedecer a ciertos parámetros para crear, registrar y difundir el conocimiento legítimamente. En este orden de ideas, lo autorreferencial, lo intuitivo, así como la diversidad de voces-fuentes-referentes que van más allá de lo teórico-científico-académico-textual, irrumpe en esos modos tradicionales de hacer investigación.

13 Énfasis propio.

(...) “la historia tiende a establecer una brecha cognitiva entre investigador y objeto de estudio; a preferir la experiencia social sobre la experiencia personal; y se fabrica bajo dominio de la palabra escrita como portadora de conocimiento legítimo.” (p. 59)

En ese sentido, descubrir otros modos de investigar y crear, conlleva asumir la investigación creación como un proceso que si bien, dialoga con otras voces, en gran medida es un proceso **í n t i m o**, sobre todo, si quien investiga es el mismo sujeto de estudio.

Sandra Daza (2009) citando a Víctor Alvarado Dávila señala:

“a pesar de que muchos teóricos reconocen el papel de la experimentación en las artes, algunos de ellos no están satisfechos con que tal experimentación sea movida principalmente por la intuición, o la imaginación o la creatividad, porque tales recursos responden a un proceder desordenado o irracional”¹³, poco o nada se han tenido en cuenta la imaginación y la creatividad en el proceso investigativo, pero no podemos olvidar que de estas se nutre el investigador para dar rienda suelta a su deseo de conocimiento, se potencia la creación. P. 76

“Se potencia la creación”. Sí, aquí definiendo y hablo mucho de lo creativo, pero la verdad es que ya no quería crear. Ya no sabía qué, cómo. Y eso me aterraba, me hacía sentir pánico, decepción y hasta vergüenza. ¡En qué me había metido!

Si de creación hablamos, mi disciplina son las artes visuales; eso sí, en vínculo a la educación, a los procesos pedagógicos. Yo solo me he dedicado a crear junto a otros, es lo que hago, es lo que disfruto. Más allá de eso, si tuviera que dar cuenta de “mi obra”, lo único que tengo es un montón de cuadernos llenos de dibujos. El dibujo es uno de mis refugios y por lo general no muestro lo que hago, pues está a salvo

ahí, en medio de los cuadernos. ¿A salvo de qué? No lo sé, probablemente de las críticas o de lo que creo que legitima la creación.

Y si no eran dibujos, si no eran obras que entran en la categoría de artes visuales, si no era una creación colectiva, si no era una gran exposición. Si además de todo, esto se trata de mí y si a eso le sumamos que tenía un dolor insoportable en las manos. ¿Qué carajos iba a hacer? Sí: “el drama crece, y el miedo se exagera. ¿Pero qué cosa es un miedo que deja de exagerar”?¹⁴

Oficialmente llegaba el momento de enfrentar a las serpientes que a través de los años habían crecido en exageración. Era hora de meter las manos entre la arena, pero yo seguía negándome.

Cuando esa gran explosión, me arrojó lejos del proceso que iba en marcha, me sentí perdida como investigadora y como creadora. Mientras tanto, en medio de ese desorden, de esa irracionalidad a la que se refiere Dávila, hallé refugio en los libros. Y no cualquier tipo de libros, eran historias narradas por mujeres, mujeres que se hacían refugio, mi refugio. Así, reconociéndome, o no, en las letras de estas mujeres, no solo encontraba resguardo, también encontraría luz.

Y es que el arte y la literatura, nos solo nos recuerdan quienes somos sumergiéndonos en nuestras propias profundidades, sino, también, nos recuerda que hacemos parte de “ese inmenso tapiz tejido” que es la sociedad. Andruetto (2015) Para Andruetto, en ese tapiz de intersubjetividades se inscribe parte del valor de la literatura en una sociedad:

Oficialmente llegaba el momento de enfrentar a las serpientes que a través de los años habían crecido en exageración. Era hora de meter las manos entre la arena, pero yo seguía negándome.

Cuando esa gran explosión, me arrojó lejos del proceso que iba en marcha, me sentí perdida como investigadora y como creadora. Mientras tanto, en medio de ese desorden, de esa irracionalidad a la que se refiere Dávila, **hallé refugio en los libros**. Y no cualquier tipo de libros, eran historias narradas por mujeres, mujeres que se hacían refugio, mi refugio. Así, reconociéndome, o no, en las letras de estas mujeres, no solo encontraba resguardo, también encontraría luz.

Y es que el arte y la literatura, nos solo nos recuerdan quienes somos sumergiéndonos en nuestras propias profundidades, sino, también, nos recuerda que hacemos parte de “ese inmenso tapiz tejido” que es la sociedad. Andruetto (2015) Para Andruetto, en ese tapiz de intersubjetividades se inscribe parte del valor de la literatura en una sociedad:

Ese tejido es tan intenso como heterogéneo, porque está hecho de infinitos aportes singulares. Tomar entonces la palabra para que ingresen nuestros hilos en el tapiz, los hilos de todos. Múltiples memorias relativizándose entre sí, para que ni el pasado ni el imaginario se clausuren en un relato único, para que permanezca un estado de interrogación que nos permita encontrar las palabras para narrar lo que aún no se ha narrado. (p. 112)

Múltiples voces entre el pasado y el presente, entre la realidad y la fantasía, entre lo científico y lo poético...

Cuando pasé por la puerta No. 0, hice una primera revisión de teóricos que hablan sobre el habitar, el espacio, la casa, etc. Pero en esta puerta, en la primera que abrí mientras buscaba refugio en medio del caos, no hubo nada teórico, nada académico, de hecho, no hubo “teóricos” así en masculino, sino

escritorAs. Voces o más bien, letras de mujeres, que fortuitamente se fueron cruzando en mi camino.

Como ya lo mencioné, además de lo agobiada que estaba por el dolor y la frustración causada la explosión, tenía una permanente dolencia en mis manos, que me hundía en la frustración y una autocompasión melcochuda, porque “el drama crece y” (...)

Entonces, leí, leí y leí, creyendo que evadía mi proceso, que me hacía a un lado del camino, que le huía a mi proyecto. En el fondo, la intuición me indicaba que no era así. Resulta, que todas las mujeres a las que leía narraban sus propias historias, sus modos de habitar el mundo y relacionarse con él, algunas lo hacían desde el dolor.

“El dolor tiene otros tiempos y otras vías, ojalá estos poemas te acompañen y alivien”

Así dice la dedicatoria de RARA, un libro que me regaló el humano que conocí en la biblioteca, cuando aún vivíamos juntos. El primero que leí después de la gran explosión. **Tania Ganitsky**, una poeta colombiana, lo escribió mientras sufría de una terrible afección en sus manos y algunos de los poemas de este libro, se relacionan con ello. Los poemas de Tania, se complementan con las ilustraciones de otra mujer, artista: **Sandra Restrepo**, quien a partir del grafito y el collage genera otro tipo de poesía visual, complementando perfectamente el texto. Sandra tiene una estética que a mí personalmente me captura, pues tengo un interés y relación estrecha con el grafito.



[...] “Ahora el mundo está desapareciendo pero mi escritura desapareció antes con la ceguera de las manos” . [...] ¹⁵

15 Ganitsky, T. (2021). RARA. Bogotá: Cardumen libros

¹⁴ Sí, debía usar esa cita una vez más, para enfatizar en el tono dramático que a menudo tiene esta tesis: otra vez Bachelard en su Poética del Espacio. (p.51)

Unos días más tarde, mientras conversaba de mi tesis con una profesora en los pasillos de la universidad, me preguntó: ¿Has leído *Lo que no tiene nombre* de **Piedad Bonnett**? No, le respondí. Pero estoy segura que tengo el libro en mi casa.

¡Tienes que leerlo! Ella habla de esto – me dijo Paola, mientras señalaba un fragmento específico de algo que estaba lleno de tachones en uno de mis cuadernos – habla del dolor. Qué difícil es describir lo que se siente leer a Bonnett. Una madre que desde el amor habla sobre el dolor que la habita; de alguna extraña manera logra contagiar ese dolor a través de un lenguaje precioso que te apuñala hasta las lágrimas y a la vez te acaricia.

A propósito de las casualidades... A propósito de la vida y la muerte escribe Bonnett:

Lo atroz –y también lo maravilloso- de nuestras vidas, es que están parapetadas sobre lo aleatorio, lo gratuito, lo caprichoso. “Somos como moscas en las manos de los dioses”, escribió Shakespeare. Sólo que no hay dioses, o que los dioses, los que construyeron, como en “El inmortal” de Borges, esta ciudad absurda y monstruosa en que nos movemos, con pasadizos que no llevan a ninguna parte, hace tiempos, siglos, que están muertos. (Bonnet, 2013)

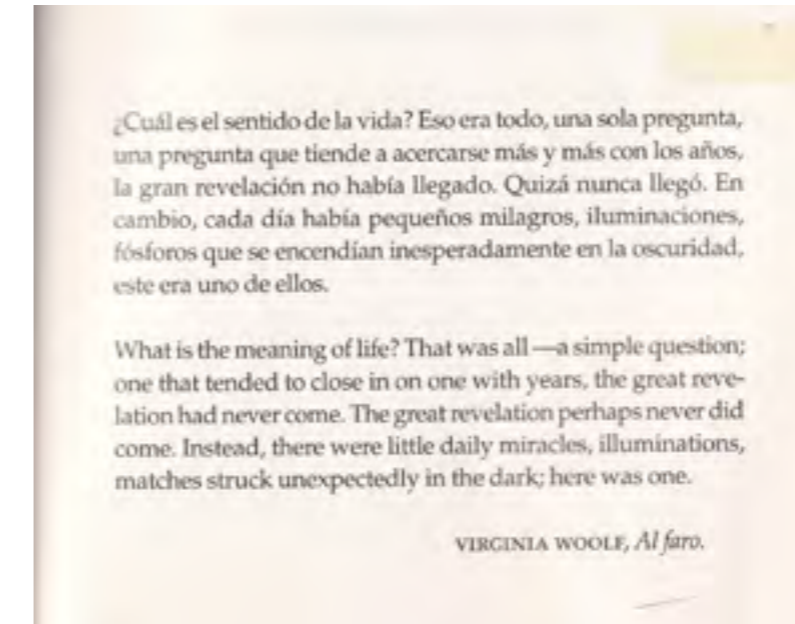
Sin saberlo, la experiencia de leer a Bonnett inauguraba oficialmente el tiempo de tomar distancia en cuanto a lo escritural de este proyecto. Estaba suspendida en la lectura, sabía que sería un tiempo fructífero, aunque ese documento llamado tesis, por ahora solo fueran un montón de letras horribles y desordenadas en un cuaderno. Y es que, por el momento me bastaba con la experiencia de habitar otros mundos tan diferentes a través de la lectura. En ese sentido, “los libros que leemos son manifestaciones estéticas acerca de unos *otros* ficcionales representativos de quienes antes

fueron o están ahora, (...) en la que voces que creímos olvidadas, pérdidas o imposibles, son traídas para ayudarnos a ver y a construirnos.” (Andruetto, 2015, p. 43)

“En cierto modo, sentía que volvía a casa”¹⁶. Eso me parece la lectura: entrar a un territorio desconocido, extraño todavía, que nos promete, sin embargo, cierta recompensa, una experiencia en algún punto **r e p a r a d o r a**. Algo así como un volver a casa, a nosotros mismos...porque, menciona Grossman: “la lectura fue, al mismo tiempo el contacto con el dolor y la única vía posible de curación, el único lugar en el mundo donde pueden coexistir las cosas y su pérdida” (p.89)

16 Énfasis propio

Pasaron algunas semanas. Un día, al encontrarme con un amigo y contarle sobre lo que pasaba con mi tesis, me dijo: espérame un momento, tengo algo que mostrarte. John entró a su habitación y sacó un libro verde, lo abrió en la primera página y en voz alta leyó:



Así empieza *Papel sensible* de **Juliana Castro Varón**, otra mujer colombiana escritora, que a la vez es diseñadora gráfica. Leer los relatos de Juliana, acompañados por sus dibujos tan simples y bellos, fue, probablemente la inspiración más grande que tuve dentro de este proceso. Su voz tan cercana, tan fresca y a la vez tan profunda, tan sensible, me acogió y me enseñó un par de cosas sobre cómo sobre cómo se puede escribir sobre cualquier cosa, sobre sí misma, sobre lo cotidiano, lo sencillo y lo bello con una voz tan auténtica.

Eran las cuatro de la tarde y acababa de salir del edificio de Artes de la universidad, donde quedaban mi estudio y la mayoría de mis clases. Ese día el cielo estaba todo blanco e iba a llover, así que decidí ir directamente a la casa sin pasar por el hueco en el cielo. Había ido a la universidad en bicicleta, pero la guardé para tomar el bus a casa.

Justo antes de llegar a la parada del bus, ya con los pies llenos de agua, un Toyota Camry gris oscuro se detuvo al frente, despacio, evitando chispear agua. Alguien abrió la puerta de atrás. Sin reconocer el carro pero reconociendo a quien iba de copiloto, me monté detrás del asiento del conductor.



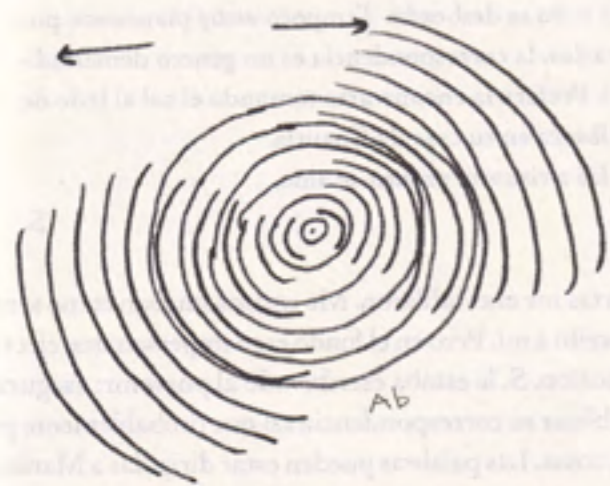
—Thanks —dije.

En la silla del pasajero de adelante iba Ingrid, mi compañera de casa, estudiante de la maestría en Escultura y la única amiga que había encontrado allí hasta entonces. Con su acento francés y en tono burlón me dijo:

—Casi no te mojaste.

Ingrid me había visto a lo lejos y había convencido a la conductora de recogerme. Dentro del carro iban otras dos mujeres.

En la cabeza de mi Abuela(A_n) hoy es hace treinta años.
Y también es hoy.
Todo al mismo tiempo.



Y así, entre libro y libro, pasaban los meses. Un día, llegó una foto a mi WhatsApp, “¡este libro nos cambiará la vida!”, decía el mensaje de mi amigo a manera de chiste, acompañado con la foto de un libro rosado. Resulta que mi amigo y yo estábamos muy tristes a causa de nuestros recientes fracasos amorosos. Estábamos “entusados”, como se dice en Colombia y en *Conjunto Vacío* **Veronica Gerber** habla justamente sobre el dolor, el olvido, los cierres y los cambios. Sobre cómo se siente volver a la casa materna y a las raíces familiares a partir de una ruptura amorosa. Gerber es mexicana y además de escritora es artista visual, así que, en su libro, propone un juego brillante donde vincula la teoría de conjuntos, con sus relatos.

A **Mariana Matija** la sigo desde hace varios años. Otra mujer colombiana, referente en muchos aspectos de mi habitar. Mariana lidera El Club de Fans de Planeta Tierra, es escritora, ilustradora y activista vegana. En su libro *Niñapájaroglaciár* relata historias de su infancia, de las montañas, de los animales con los que convivió, de sus viajes, de mudanzas y migraciones, de duelos, del amor, del dolor... Todo esto, vinculado a una mirada sumamente contemplativa, consciente, sensible, ética y política de su habitar.

Y creo que así funciona el dolor de la ausencia: cuando alguien amado (humano, montaña, perro, árbol, pájaro, culebra, gato, glaciár) muere o desaparece, el dolor llega al paisaje interno y ocupa ese vacío que quedó, y se va regando por sus formas intangibles hasta que deja untados a todos los reflejos con los que esa ausencia está conectada. Entonces, por ejemplo, en mi paisaje interno existe un reflejo de los glaciares tropicales que amo y que están desapareciendo. Cuando ya no estén más, el dolor

Volvamos al origen, todo empezó con la voz de **Virginia Woolf** en el libro de Juliana Castro. A Woolf me la recomendó la vida hace rato. Más que en mi lista, la tenía en mi biblioteca desde hace unos meses, pero, con la excusa del trabajo, la maestría y los dramas y pendientes cotidianos, la tenía en eso, en los pendientes.

Cuando regresé a casa de mi madre y padre, en una mudanza que se fragmentó en varios días, me iba llevando mis libros, de una casa a la otra. *Una habitación propia* fue el primero que puse en mi maleta, el primero que empecé a leer mientras me acomodaba en esa nueva-vieja casa. Durante esos meses estaba desempleada, dormía en un viejo sofá y miraba cuánto dinero debía conseguir para comprar los muebles y todo lo necesario para organizar mi nueva habitación y retomar la escritura de mi tesis:

- Una cama.
- Una biblioteca.
- Un escritorio.

Me sorprendía leer que Woolf hablaba justamente de eso: que para dedicarse a la escritura o a cualquier actividad creativa, es esencial que una mujer pueda tener independencia económica y, por consiguiente, un espacio propio. Woolf aboga por la emancipación de las mujeres, especialmente a través de la escritura, teniendo en cuenta que han sido los hombres quienes a través de la historia han tenido la posibilidad de crear y contar versiones del mundo que se transforman en certezas desde un único punto de vista: la ventana de lo masculino

La indiferencia del mundo, que Keats, Falubert y otros han encontrado tan difícil de soportar, en el caso de la mujer no era indiferencia, sino hostilidad. El mundo no le decía a ella como les decía a ellos: “Escribe si quieres; a mí no me importa nada”: El mundo le decía con una risotada “¿Escribir? ¿Para qué quieres tu escribir?”. (p.106)



Refugio. Cuaderno de dibujo 2023.
Archivo personal.



“Ojalá estos poemas te acompañen y alivien” ...Más que aliviarme, leer a estas escritoras y a otras cuántas más, me permitió sentir las, conocer sus modos de habitar, doler, amar y contemplar mundos, modos de habitar a través de la palabra escrita. Así, desinteresarme por las casetas de vigilancia y los hombres que estas albergaban, pasé a instalarme en el refugio que la literatura creada por mujeres construía para mí.

De este modo, entre lectura y lectura, siguiendo mi intuición, continuaría buscando más y más libros escritos por mujeres, seguía sin saber exactamente hacia dónde iba, pero algo me decía que esta fuerza era poderosa; era la *i n s p i r a c i ó n*, que más tarde, a manera de impulso y casi sin darse cuenta empezaría a crear.

“La lectura es para nosotros una iniciadora cuyas llaves mágicas nos abren en el fondo de nosotros mismos la puerta de lugares a los cuales no hubiéramos sabido entrar.” (Proust, 2015)

Otras mujeres que fueron refugio:

Daniela Prado (Espacios habitables, 2022)
Annie Ernaux (La vergüenza, 2022)
Brenda Navarro (Casas vacías, 2020)
Inés Fonseca (Las cosas, 2012)
Simone de Beauvoir (La mujer rota, 2014)
Luna Miguel (Leer mata 2023)
Sylvia Plath (Soy vertical, pero me gustaría ser horizontal)
Elizabeth Builes Carmona (Dos hermanas)
María José Ferrada (Casas, 2023)

capítulo 3,4

La creación como respuesta al dolor

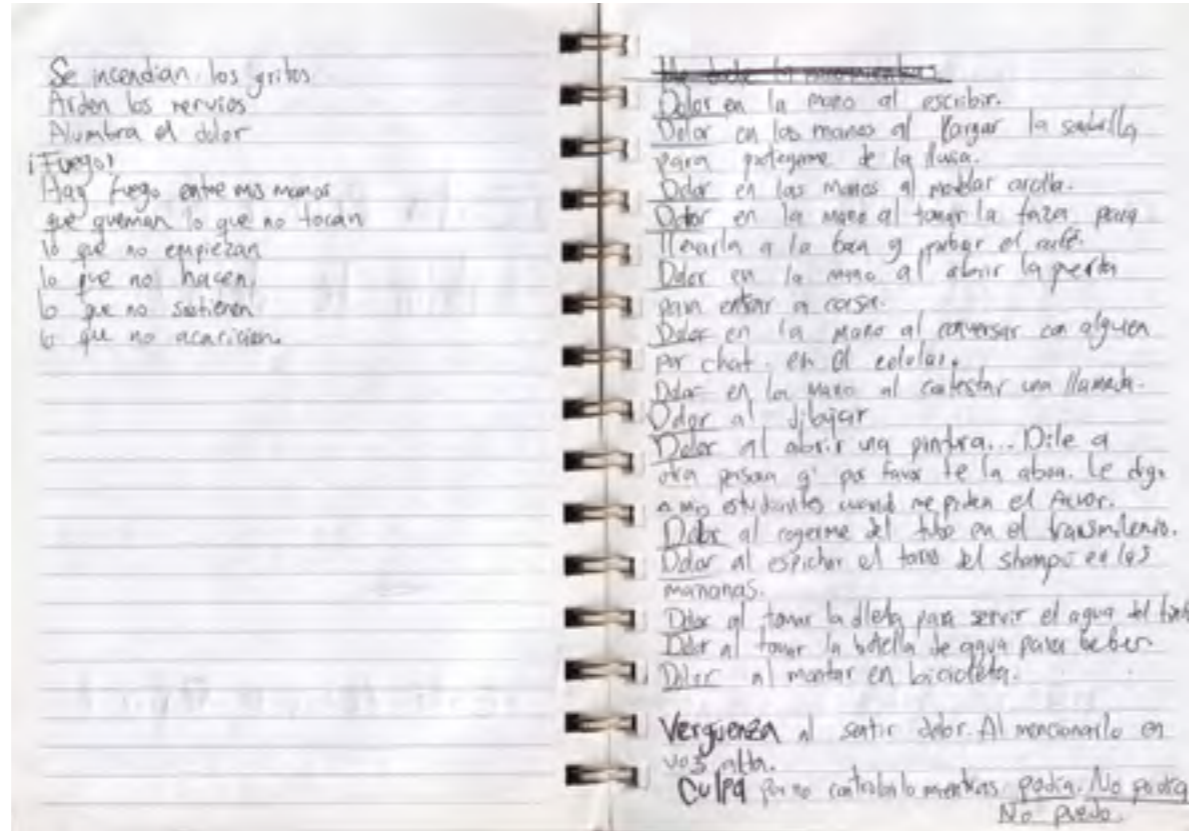
puerta tres



Todo hombre tiene en su vida esa hora de luz, la hora en que de pronto comprende su propio mensaje, la hora en que, aclarando la pasión, el conocimiento revela a la vez las reglas y la monotonía del Destino, el momento verdaderamente sintético en que, al dar conciencia de lo irracional, el fracaso decisivo a pesar de todo es el éxito del pensamiento.

Reitero: el preguntarme por mí misma, me obligaba a observarme de manera constante, consiente, reflexiva, me obligaba a escucharme, sentirme, dolerme. Fue así como me encontré sumergida en la frustración debido a una afección física que genera molestia y dolor en mis manos desde hace años. Y así duré días, semanas enteras sumergida en la dolencia, en la queja y la melcochuda autocompación. La verdad es seguía sin saber cómo avanzar en este proceso. Y más allá de leer, quejarme y rumiar en lo que aún no era, no pasaba nada más.

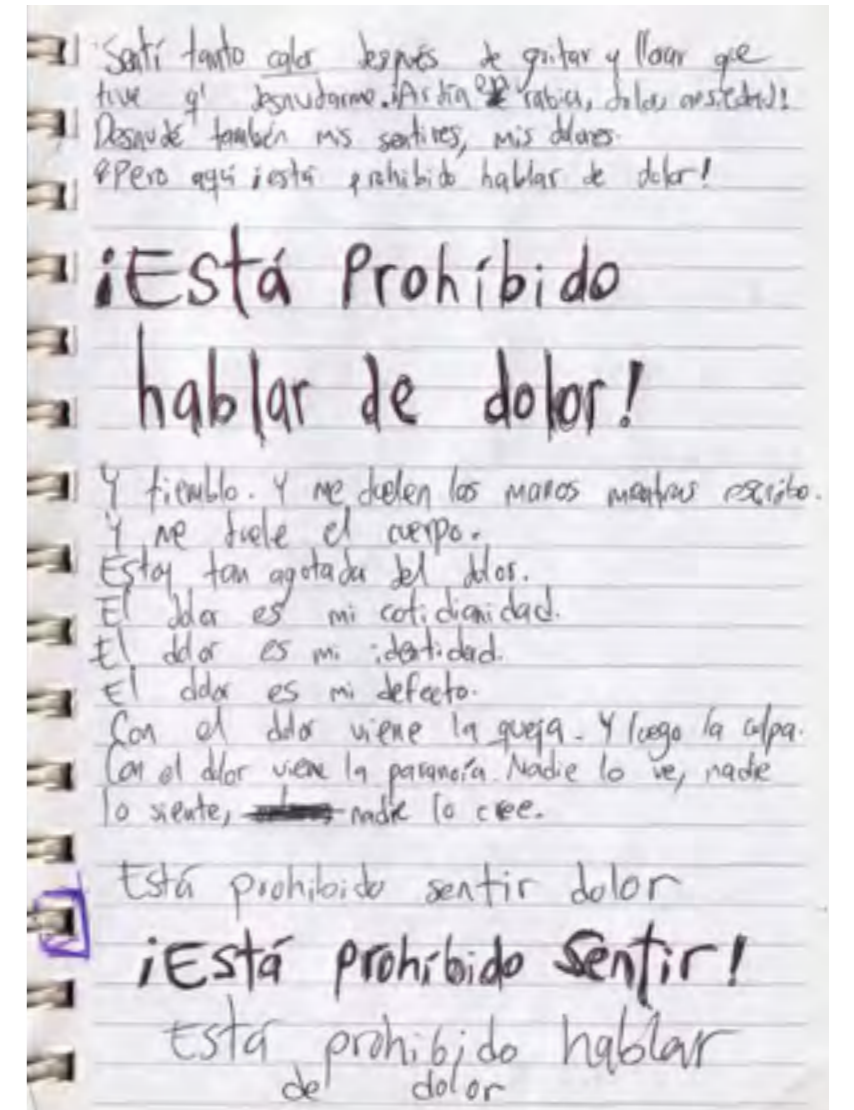
Como dijo Ganitsky, el dolor tiene otras vías; así que un día, mientras lloraba viendo mis manos hinchadas, rojas, calientes, dolientes, e m p e c é a e s c r i b i r .



Escribí, escribí y escribí compulsivamente en un cuaderno –no sé si como acto catártico o masoquista–, hasta que mis manos ardieron aún más en su propio calor. Un impulso de escritura empezaba a surgir de manera instintiva, como respuesta furiosa ante el dolor.

Y es que “el dolor es una de esas llaves con que abrimos las puertas no solo de lo más íntimo, sino, a la vez, del mundo.” Para Jünger (1934), el dolor no es solo una sensación que se manifiesta en nuestro cuerpo o espíritu negativamente. Abarcándolo de una manera más amplia, el dolor es un fenómeno que además de ineludible, puede revelar verdades esenciales sobre nuestra existencia, nuestra capacidad de resistencia y nuestra relación con el mundo. Comprendido de esta forma, el dolor nos permite reconocernos tanto desde la fragilidad como desde la fuerza.

Visto de este modo, el dolor se puede considerar como una prueba, que a su vez es oportunidad para templar nuestro espíritu, para descubrirnos e incluso asombrarnos. Si bien, esta propuesta podría confundirse un poco con la concepción cristiana sobre el sufrimiento como camino hacia la gracia y la salvación; en realidad está influenciada por una sensibilidad estoica y militar, donde el sufrimiento es un medio para alcanzar fortaleza y autonomía.

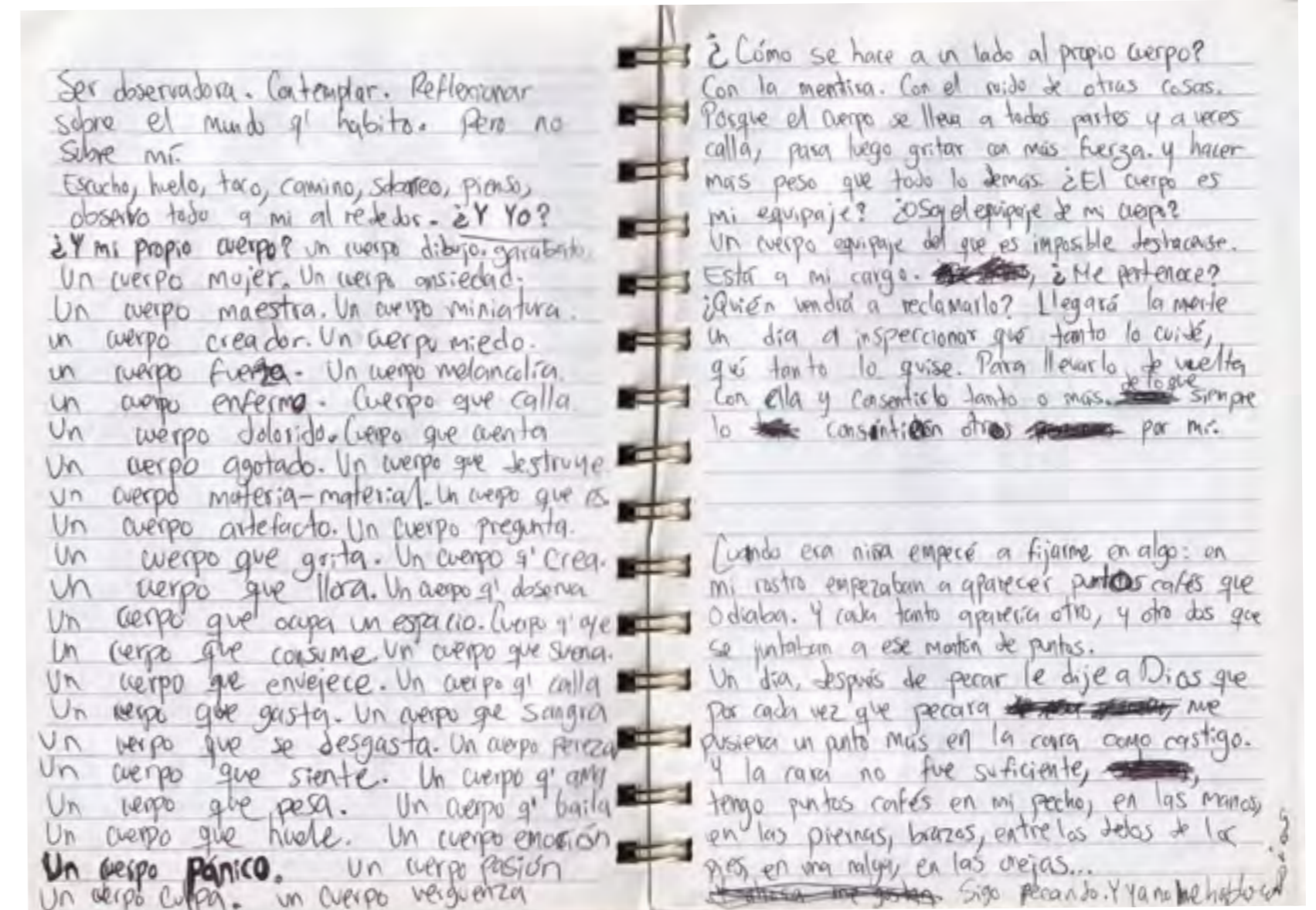


En definitiva, yo no voy ni con lo militar, ni con lo religioso, pero estoy de acuerdo con Jünger en cuanto a asumir una postura en la que el dolor no se asuma meramente desde la resignación, ni mucho menos, desde la negación. A pesar de esta consideración, durante este proceso y de hecho, a lo largo de mi vida, he estado en los dos extremos; sin embargo, el momento en el que reconocí mi dolor, más allá de la queja y la resignación, para enfrentarlo, hacerle preguntas, escribirlo y dibujarlo, fue cuando todo esto empezó a tomar **al fin**, un rumbo.

Fue así como asumiendo mis propias experiencias como oportunidad impulsiva-creativa e inspirada por la forma en que las mujeres refugio me abrigaron y me contaron sus mundos, emprendí camino hacia **una escritura propia, intuitiva**. Al respecto Andruetto (2015), presenta su concepción de la escritura mencionando:

Lo privado y lo público: así va la escritura a mirar en lo pequeño, en lo íntimo, para comprender los comportamientos de una sociedad. La literatura es memoria y, como tal necesita construir con palabras un plus, una distorsión o un corrimiento de sentido, una fisura que nos permita ir en búsqueda de lo que todavía desconocemos. Torsiones en la lengua para construir un estado de interrogación en busca de otra cosa, otras cosas, algo más. Viaje incierto hacia nuestros puntos ciegos, con la lengua de todos como herramienta, para construir un no saber que nos lleve hacia nosotros mismos. (p.32)

Fue gracias a esa *fisura* de la literatura y movilizada por el dolor, que emprendí ese anhelado viaje hacia lo que Andruetto llama “el punto ciego”. Fue la palabra escrita, tachada y mamarracheada lo único que al fin logró movilizarme sinceramente hacia la creación, que, en este caso se concebía como una necesidad, como una respuesta furiosa ante el dolor. Más allá de eso, no había otra intención que registrar lo que mi mente y mi cuerpo sentían. Ya estaba abriendo otra puerta, pero no lo sabía. “El no-saber no es una ignorancia sino un difícil acto de superación del conocimiento. Sólo a este precio una obra es, a cada instante, esa especie de comienzo puro que hace de su creación un ejercicio de libertad.” (Bachelard, 1997, p. 27)



Cuerpo asco
Cuerpo silencio
Cuerpo ruido
Cuerpo prisión
Cuerpo prisionero
Cuerpo fuerza
Cuerpo vejez
Cuerpo aprendiz
Cuerpo tiempo
Cuerpo memoria
Cuerpo rabia
Cuerpo infancia
Cuerpo presente
Cuerpo casa
Cuerpo imagen
Cuerpo vacío
Cuerpo roto
Cuerpo pulmón
Cuerpo grito
Cuerpo odor
Cuerpo alvado
Cuerpo blando
Cuerpo frágil
Cuerpo mentira
Cuerpo soledad
Cuerpo emoción
Cuerpo angustia

Cuerpo error
Cuerpo rastro
Cuerpo habitación
Cuerpo voluntad
Cuerpo agotamiento
Cuerpo lagrima
Cuerpo dulzura
Cuerpo líquido
Cuerpo rosa
Cuerpo mente
Cuerpo abuela
Cuerpo madre
Cuerpo padre
Cuerpo caos
Cuerpo voz
Cuerpo ruido
Cuerpo manos
Cuerpo vehículo
Cuerpo stamina
Cuerpo culpa
Cuerpo angustia
Cuerpo razón
Cuerpo miedo
Cuerpo lugar
Cuerpo pasado
Cuerpo prejuicio
Cuerpo privilegio

Cuerpo familia
Cuerpo religión
Cuerpo pecado
Cuerpo dolor
Cuerpo ironofomidad
Cuerpo semilla
Cuerpo dibujo
Cuerpo obsesión
Cuerpo violencia
Cuerpo engaño
Cuerpo negación
Cuerpo verdad
Cuerpo fredo
Cuerpo rincón
Cuerpo frustración
Cuerpo paisaje
Cuerpo poder
Cuerpo Muñoz
Cuerpo noche
Cuerpo cansancio
Cuerpo rutina
Cuerpo jardín
Cuerpo oído
Cuerpo inquietud
Cuerpo riesgo
Cuerpo placer
Cuerpo piernas

Cuerpo herida
Cuerpo explosión
Cuerpo pregunta
Cuerpo tierra
Cuerpo espía
Cuerpo puericia
Cuerpo animal
Cuerpo evidencia
Cuerpo reclamo
Cuerpo fracaso
Cuerpo derrata
Cuerpo equipaje
Cuerpo garabato
Cuerpo piel
Cuerpo vergüenza
Cuerpo pesadilla
Cuerpo negación
Cuerpo hipocresía
Cuerpo olor
Cuerpo ayuda
Cuerpo sonido
Cuerpo vigilancia
Cuerpo sensibilidad
Cuerpo escucha
Cuerpo preocupación
Cuerpo adicción
Cuerpo dolor
Cuerpo sentido

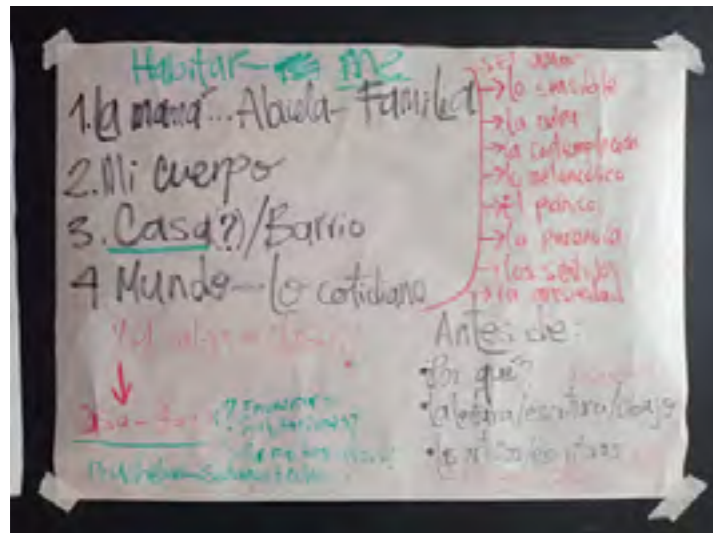
tiempo afán	tiempo necesidad
tiempo destino	tiempo inactividad
tiempo minuto	tiempo apatibago
tiempo resaca	tiempo susto
tiempo masaja	tiempo nada
tiempo implan	tiempo amor
tiempo sana	tiempo humor
tiempo impresion	tiempo esfuerzo
tiempo malicia	tiempo espíritu
tiempo idea	tiempo medicación
tiempo fama	tiempo ganas
tiempo fuerza	tiempo trabajo
tiempo promesa	tiempo opción
tiempo compromiso	tiempo alegría
tiempo certidumbre	tiempo respiración
tiempo herencia	tiempo manos
tiempo gente	tiempo extorsión
tiempo ciudad	tiempo aptitud
tiempo baile	tiempo aboga
tiempo magre	tiempo consecuencia
tiempo temerario	tiempo abstracción
tiempo novato	tiempo reacción
tiempo cuidado	tiempo ropa
tiempo i (un día)	tiempo eficacia
tiempo patosa	tiempo ideal
tiempo actividad	tiempo agotamiento
tiempo novato	tiempo incomodidad
tiempo oportuno	tiempo carga

tiempo desmere	tiempo ritmo
tiempo fastidio	tiempo ganancia
tiempo humor	tiempo lectura
tiempo sopa	tiempo x (un)
tiempo orden	tiempo gracia
tiempo eferves	tiempo juego
tiempo infante	tiempo momento
tiempo cambio	tiempo no
tiempo desorden	tiempo familia
tiempo preferido	tiempo saber
tiempo máquina	tiempo escritura
tiempo sustancia	tiempo aplicación
tiempo delicia	tiempo impresión
tiempo presencia	tiempo saciedad
tiempo lesión	tiempo parte
tiempo acción	tiempo nada
tiempo signo	tiempo todo
tiempo momento	tiempo amor
tiempo línea	tiempo estado
tiempo mundo	tiempo momento
tiempo arte	tiempo número
tiempo carga	tiempo apéndice
tiempo cañal	tiempo presencia
tiempo carne	tiempo sesión
tiempo peso	tiempo día
tiempo no tiempo	tiempo sentido
tiempo agua	tiempo gesto
tiempo árbol	tiempo cambio

tiempo masa	tiempo resaca
tiempo educación	tiempo página
tiempo fiesta	tiempo ritmo
tiempo entusiasmo	tiempo afán
tiempo equanimidad	tiempo espíritu
tiempo disciplina	tiempo foto
tiempo escape	tiempo sacrificio
tiempo alivio	tiempo patología
tiempo proceso	tiempo temperatura
tiempo arte	tiempo lago
tiempo jaleo	tiempo magnético
tiempo hogar	tiempo sol
tiempo error	tiempo patrimonio
tiempo patria	tiempo ofrecimiento
tiempo mala	tiempo herencia
tiempo existencia	tiempo espíritu
tiempo persona	tiempo vida
tiempo suspiro	tiempo sueño
tiempo día	tiempo ambiente
tiempo día	tiempo diferencia
tiempo tiempo	tiempo habit
tiempo compasión	tiempo sesión
tiempo gloria	tiempo resaca
tiempo arte	tiempo amor
tiempo noportunidad	tiempo parte
tiempo mundo	tiempo mundo
tiempo administración	tiempo peso
tiempo aplicación	tiempo momento

El ejercicio se hizo más consciente y menos impulsivo a medida que escribía. No tuvo que pasar mucho para que así fuera, pues la intuición continuó guiándome. “La meditación solitaria le entrega la más bella de las recompensas filosóficas al escritor: la de orientar el alma y el espíritu hacia una intuición original.” Bachelard (2000)

Reconocí que estaba explorando la escritura como medio de creación y que estaba investigando-me. Así, empecé a considerar posibles historias que quería contar vinculadas a mi habitar, las fui instalando en cartografías y listados.



Esto me llevó a transitar por el pasado, el presente y el futuro; entre la memoria, la experiencia, los deseos y la imaginación; buscando la sencillez en lo complejo y viceversa. En ese transitar por mí misma, en ese volverme hogar, fueron apareciendo esas casas y hogares que desde lo simbólico y lo real he habitado, por supuesto aparecen también esos otros y otras con quienes habito



*El cuerpo te borra de la vida a través del dolor.
Nadie en el mundo podría traicionarte
Con ese nivel de determinación.
¡Calla o calla!, dictaminan los músculos y nervios
Mientras las manos pierden la vista.
(Ganistky, 2021)*

De este modo, retomando la anécdota del primer libro de poemas que había llegado a mí durante todo este proceso, el libro escrito por Ganistky, se había encontrado con mis manos. Sus poemas hicieron grieta y al mismo tiempo las acariciaron y les dieron una lección para dar voz al cuerpo, al dolor. Fue su poesía que hablando desde el dolor de su propio cuerpo, me abrió la puerta hacia un refugio:

Resulta que hacía mucho no leía poesía, al menos no un libro entero. Sin duda, RARA llegó en el justo momento y me aprisionó para mantenerme recorriendo ese lenguaje que, debido al tiempo, casi se hacía desconocido, olvidado. Luego de unas cuantas líneas leídas y un par de veces fijando la mirada en mis manos (como por variar) supe que hablábamos el mismo lenguaje.

De hecho, otra de las mujeres que leí en este proceso fue Annie Ernaux, escritora francesa ganadora del premio nobel de literatura, quien a través de sus historias autobiográficas, describe sentimientos como el amor y el dolor en sus diferentes formas. En su libro *El acontecimiento* escribe:

“Es posible que un relato como este provoque irritación o repulsión, o que sea tachado de mal gusto. El hecho de haber vivido algo, sea lo que sea, da el derecho imprescriptible de escribir sobre ello. No existe una verdad inferior.” (pág. 32)

De acuerdo con Ernaux, decidí contar mi verdad sin pretensiones académicas, sin intención de mostrarle a alguien, sin pensar en la manera adecuada de, le conté mi dolor al papel; a mí misma una vez más, pero de forma diferente. Sé que caigo y probablemente continúe cayendo en lugares comunes, cursis, pueriles, incluso enmarañados en cuanto a escritura. Debo mencionar que incluso a veces me sentí como una niña o adolescente que escribía en sus cuadernos. Pero ¿acaso no fue mi infancia la que empezó todo esto? ¡Que esa niña se asome las veces que quiera! Que hable, que escriba, que lea, que dibuje sin vergüenza, sin miedo. Fue así como decidí que este ejercicio creativo fluyera, dando libertad a la voz de mis voces, de las voces propias y las voces huéspedes.

La única lengua en la que sé, o quiero, o me proporciona placer escribir, es ésta que, aunque se llame solo materna, es también la lengua de mi padre, de mis abuelos y mis hermanos, de la familia entera. Y de las maestras, la lavandera, los compañeros de juegos y peleas, la señora que traía los quesillos envueltos en hojas de achira. Andruetto (p. 37)

Vale la pena traer a Jean Marc Besse quien cita a Michel Foucault mencionando que al vivir un tiempo en Upsala comprendió que su lengua era: “el lugar más secreto, pero el más seguro que podía habitar en ese lugar sin lugar” ... **“Finalmente, la única patria real, el único suelo sobre el cual uno puede caminar, la única casa donde uno puede refugiarse y permanecer es el lenguaje que uno ha aprendido en la infancia”.** (p.220)

En vínculo a lo anterior y en concordancia con Andruetto, Besse agrega:

Lengua primera, materna o paterna, lengua de origen: nuestra lengua es nuestra morada y, como toda morada, nos habita tanto como nosotros a ella. Pero esta casa, este suelo, nos precede. Las palabras que utilizamos, las frases que pronunciamos, nos vienen de antes. No vamos a buscarlas como si fueran herramientas guardadas en el fondo de un depósito, sino que están ahí, ante todo en un lugar de nosotros que no conocemos, pero del que surgen según su propia voluntad, para hacerse disponibles, listas para ser usadas, como un recurso inagotable que nos lleva a menudo en direcciones inesperadas. (p.227)

A partir de estos primeros escritos, impulsados, sobre todo, por el dolor físico, me vuelvo a buscar en la poesía de Ganitsky:

*Dije: si el mundo desapareciera yo podría seguir escribiendo.
Ahora el mundo está desapareciendo
Pero mi escritura desapareció antes
Con la ceguera de las manos.
No lo vimos venir.
Ahora el reto es hacer que reaparezcan de nuevo.
(Ganitsky, 2021)*

Hay algunos criterios grandes e inmutables en los cuales se hace patente el significado del ser humano. El dolor es uno de ellos; él es el examen más duro en esa cadena de exámenes que solemos llamar vida. De ahí que una consideración que se ocupe del dolor sea desde luego impopular; más no solo resulta instructiva en sí misma, sino que a la vez ilumina una serie de cuestiones en que nosotros estamos ocupándonos ahora. (Jünger, p.57)

*Hace tiempo que mis manos me gritan
y yo, finjo sordera.
Son esas mismas manos
las que limpian mis lágrimas con ternura
mientras lloro a escondidas,
desconsolada por todo lo que me cuentan*

Texto y dibujo de mi autoría.
Archivo personal 2023



Durante estos primeros intentos de escritura hice una pausa, no en lo que se refiere al tiempo, sino, más bien, al hecho de sumergirme únicamente en el dolor. Surgió nuevamente la pregunta por ese yo que habita el mundo. Esta vez, ese yo tomó una forma específica y se volvió cuerpo, un cuerpo que se cuestionó compulsivamente durante días a través de la palabra escrita.

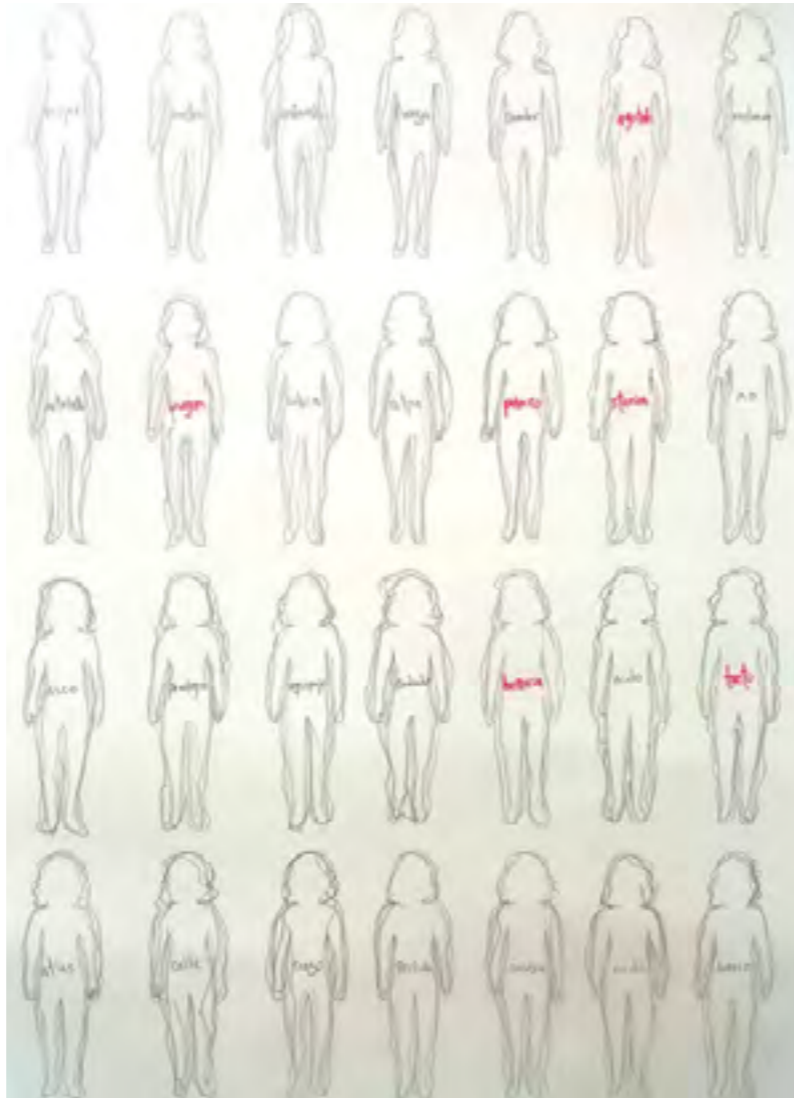
“Tengo la pretensión de captar algo en lo más hondo de nuestra vida social, algo de su complejidad, porque más allá de donde sucedan mis relatos o poemas siempre escribo intentando comprender quién soy y de qué sociedad formo parte.” Andruetto (p. 36)

Yo, me pregunto quién soy, miro mi mano esta mano, y la palma que sostiene esta mano, y la letra apretada y aún forme que traza, con la pluma esta mano, en las hojas de un cuaderno de tapas rojas. Miro la mesa en la que apoyé el cuaderno de tapas rojas, y miro, en la mesa, un tintero con base de piedra, y la vela, gruesa que alumbraba en el cuaderno, la mesa, mi frente, mi boca y la mano que escribe...
¿Quién soy? (Rivera, 2005)



Ilustración exhibida a mis compañeros y compañeras de la MAEC. Oct. 2022

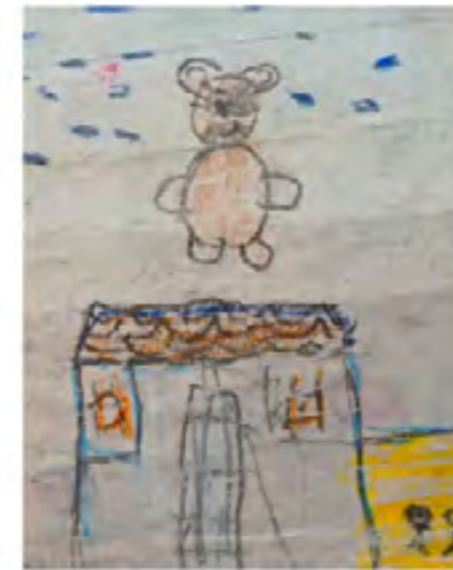
Dibujo a partir del primer ejercicio de escritura en el que hice un listado con la palabra cuerpo. Octubre 2022



“La puerta sirve para mantenernos separados de los vecinos o dejarlos entrar cuando nos quieran visitar”, dijeron mis estudiantes. ¡Pero qué difícil es abrir la puerta para que otros me visiten! Abro la puerta, entran los visitantes y entre ellos, las malditas serpientes aprovechan para ingresar. Las serpientes del miedo a crear, del miedo a exponer-se.

La disciplina en la que me formé profesionalmente está vinculada a la creación de imágenes. Y es el dibujo la técnica a la que siempre me aferré, la que considero más natural a la condición humana.

...Dibujamos desde siempre...



Dibujo realizado por mí en mi infancia. Archivo personal

El dibujo llegó en la etapa más dolorosa de todo el proceso investigativo-creativo. Todas las puertas estaban cerradas, me costaba escribir, y, en general, me costaban mucho los días, me dolían.

Y así, sin esperarlo, aparece el dibujo, ilustrando y complementando algunos de los escritos, incluso más de lo que contemplé en un inicio. También, como lo mencioné al inicio de esta investigación, cuando revisé mis cuadernos viejos de dibujo, se hace evidente que, a lo largo de los años, abarco una estrecha relación con la figura de la casa, el hogar y el refugio, comprendiéndolo desde lo simbólico y lo metafórico.

En todo este proceso siempre hubo tiempo de parar, de alejarse, de cerrar puertas; extrañamente la puerta del dibujo estuvo cerrada la mayoría del tiempo y fue hasta el final, cuando sentí que ya no pude expresar con palabras, que al fin volví a tomar el lápiz para dibujar.



A quien primero que dibujé fue a mi culpa...Y de ahí en adelante, cada vez que no podía poner en palabras lo que quería, lo dibujaba

capítulo 4

Madrigueras

Adentrarse en las madrigueras de escritura

En este apartado le invito a sumergirse en otra forma de escritura, una que cava profundo, como las madrigueras, buscando los orígenes, los refugios secretos, los lugares donde habita lo más íntimo. Aquí la escritura no es lineal ni definitiva; es un acto de escarbar entre memorias, cuerpos y preguntas, en un intento por descifrar qué es un hogar.

En este recorrido, el hogar deja de ser solo una estructura física para volverse algo más complejo y sensible: un entramado de historias, afectos y contradicciones. Madrigueras es una exploración hacia esos espacios internos y externos que me han contenido, habitado y, a veces, desbordado. Madrigueras es el escondite donde acumulé escritos durante todo este proceso. Mientras tanto, temía. Temía al saber que debía seleccionar algunas de estas historias para que en algún momento salieran a la luz. Me aterraba o más bien, me aterraba, exponerme por partida doble: por un lado son historias íntimas que no había contado; pero lo que más me cuesta es exponerme como creadora, sobretodo desde una disciplina en la que no fui formada profesionalmente.

Otra vez esa maldita serpiente del miedo!

Aquí estoy, legitimando mis propios modos de hacer, de crear, de escribir. Aquí estoy, obedeciendo a Virginia Woolf cuando nos pide a las mujeres que por favor escribamos toda clase de libros; que no titubeemos ante ningún tema, por más trivial que parezca.

Así, al descifrar el concepto de hogar, descubrí que el **primero de todos fue el vientre de mi madre**. Ese espacio tibio y oscuro donde comencé a existir antes de tener un nombre. Fue mi madre quien me llevó allí mientras descubría la enfermedad de mi abuela. Y 32 años después, en medio de su relato, entrelazado con silencios y recuerdos, entendí que mi primer hogar no fue solo biológico, sino también narrativo, tejido con historias familiares que me habitan desde antes de nacer.

El segundo hogar es mi cuerpo. Ese lugar donde resido desde que dejé el vientre materno. Pero este hogar no siempre ha sido amable. En él también se anida la culpa, el dolor, las marcas invisibles que arrastramos y que a veces pesan más que la piel misma. Habitar el cuerpo es un acto complejo: es refugiarse y a la vez confrontarse, cuidar y a veces castigar. Es un hogar donde coexisten el asombro y el conflicto.

El tercer hogar es la casa. No la casa teorizada por otros autores, sino aquella que descubrí al preguntarme qué significaba para mí. Para mi grata sorpresa, fue mi niña interior quien respondió, desde su escondite bajo una casa de cobijas construida en la sala, con almohadas y linternas.

Desde ese pequeño refugio improvisado que me protegía, también recibía el amor de mi abuela y percibía los actos violentos de mi abuelo. Comprendí que la casa es interior y exterior, es protección y conflicto, es realidad y fantasía. Es el lugar donde la imaginación se expande y la memoria se alimenta para que el recuerdo de la casa natal perdure ante los tiempos.

El cuarto hogar es el mundo. Ese vasto escenario que habito desde las preguntas cotidianas, desde la contemplación de lo simple: el canto de un pájaro, el olor del pan recién horneado, el perro callejero que duerme en el andén. Este hogar es inabarcable, pero también íntimo cuando se mira desde la curiosidad y el asombro. Es el espacio donde me reconozco pequeña, pero también parte de algo más grande.

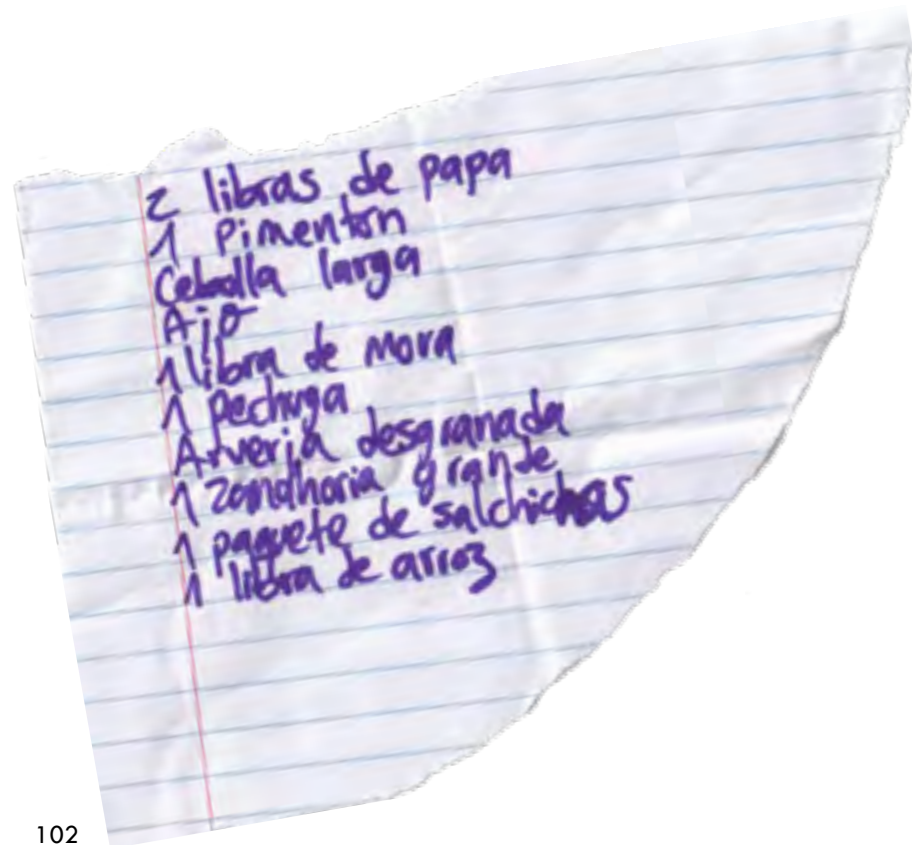
Este capítulo es un viaje hacia estas madrigueras, hacia esos espacios visibles e invisibles que he habitado y que me habitan. Aquí la escritura es un mapa imperfecto que guía por túneles y recovecos, buscando rastros de lo que significa tener un hogar y, sobre todo, volverse uno.

Le invito a entrar con cuidado, con los sentidos abiertos, como quien explora un lugar sagrado y frágil al mismo tiempo. Porque en estas madrigueras no solo se encuentran respuestas sino, preguntas y miedos profundos.

capítulo 4,1

Mi madre

Primer hogar



¡Vámonos ya!

Dice mi abuela mientras recoge la bolsa del mercado. Nos toma con fuerza del brazo y nos hala caminando con premura.

Llegamos a casa. La abuela se asegura que la puerta haya quedado bien cerrada, camina hacia la cocina y en medio de su respiración acelerada nos cuenta que afuera de la plaza de mercado nos esperaban unos tipos para hacernos daño.

Por eso tuvimos que h u i r.

Llegamos a la cocina. Mi madre, que en ese momento tiene 20 años, mira extrañada a mi abuela, que, además, está muy despeinada y tiene el maquillaje de sus cejas un poco corrido por el sudor. Pero la extrañeza de mi madre no se debe justamente a eso.

Mi abuela sacude su melena refrescando el cuero cabelludo. Mientras se acomoda su chaqueta café de cuero, saca unas cuantas monedas del bolsillo derecho, las pone sobre el mesón y mientras apunta su mirada penetrante hacia nosotras, lleva la mano a la espalda por debajo de la chaqueta, saca un pequeño cuchillo de cocina y empuñándolo con fuerza le dice a mi madre con tono valiente:

¡YO TENÍA QUE DEFENDERLAS!
A usted y a la bebé.

Escuché todo desde
el tibio vientre de mi madre.

Me alimenté de sus lágrimas durante
semanas enteras.

Sentí como todo temblaba allá afuera,
como todo se empezó a derrumbar desde
ese día, cómo todo se hacía más extraño,
más difícil.

Así, atestigüé el instante en que el primer
sismo de
esquizofrenia paranoide,
dejaría escombros en mi abuela

para siempre.



capítulo 4,2

Mi cuerpo

Segundo hogar

Cuando era niña apareció un lunar en mi mejilla izquierda.

Pasaron algunos años, apareció otro junto a ese, luego otro y otros más.

Puntos y más puntos cafés. ¡Como los odiaba!

Cada tanto aparecían uno o dos más, juntándose, haciendo montón.

A veces bromeaba diciendo que Dios decidió darme un toque especial, como cuando se agregan chispas de chocolate a una receta. ¡Ugh! La verdad es que esa idea me aterraba.

Pasó el tiempo. Crecí, crecí un poco.

Un día, después de pecar, le conté a Dios que sentía culpa; llena de miedo le pedí que por cada vez que pecara, me pusiera un punto más en la cara, como castigo.

¡Y la cara no fue suficiente!

Tengo puntos cafés regados por todo mi pecho
... .. Manos.
... .. Piernas.
... .. Brazos.....
... .. Entre .. los .. dedos .. de .. los .. pies.
... .. En una nalga....
... .. En una ... teta.
... .. ¡Hasta en las orejas!

¡Uy! ¡Qué mano de lunares! Dice mi abuela. Señalándolos con su índice cuenta en voz alta: uno, dos, tres, cuatro... Yo le digo que prefiero que no los cuente, una vez escuché que si se contaban salían más.

Sigo pecando...y ya no me hablo con Dios.

Arden los gritos

Se incendian los nervios

Alumbra el dolor

¡Fuego!

Hay fuego entre mis manos,

que queman lo que no tocan,

Lo que no empiezan,

Lo que no hacen,

Lo que no sostienen,

Lo que no acarician

Lo que no alimentan

Lo que no cuidan.



capítulo 4,3

La casa

Tercer hogar



¿QUÉ ES UNA CASA?

Julio de 1997.
Quiero construir una casa.
Tiene que haber un techo. Una casa sin techo es como una caja abierta y una caja abierta no es una casa.
Caja - Casa.
Sí, es necesario un techo para proteger, para cobijar; por eso, una cobija es esencial en la arquitectura de una casa. De mi casa.

Si hay techo
h a y c a s a .
Si me pongo bajo ese techo,

la casa está completa, la casa es casa.

Es mi casa, yo la construí y me puse dentro, me puse centro.

Yo cobijé la casa y la casa me cobija.
Cobijar es construir, es volverse hogar.
Somos un techo y yo.
Somos la casa, soy la casa, soy mi casa:

Un refugio calentito, que a veces se torna sofocante.

Una casa es un refugio.

Una casa a veces es refugio.

Un refugio no siempre es una casa.

Una casa no siempre es un refugio.

Es mi casa si le puse techo, si la cobijé,
si yo estoy dentro,
si yo soy centro.

Generalmente la cobija-el techo no queda templado, a veces se hunde,
se va de lado,
se arruga
y hasta se cae.

Tiene que soportar fuertes vientos, sol, lluvia y mantenerse fuerte ante las criaturas extrañas que de vez en cuando se asoman mientras estoy aquí.

¡POBRECITO!

A veces, además de sentirse cansado por todo eso, también debe sentir *miedo* igual que yo.

Entonces, se desparrama.

Por lo general, lo acomodo rápidamente, pero si estoy aburrída o asustada porque anocheció y se hizo oscuro, aprovecho para salir de la casita.

Entonces, me llevo la cobija conmigo.

Me llevo la casa conmigo.
Soy la casa.
Llevo la casa.

Cuando salgo de mi casa, de mi techo, hay otra casa.
Es una casa grande, con paredes de ladrillo, con un piso muy frío, unas ventanas grandes -por donde una vez entraron los ladrones-, unas escaleras largas y puertas que suenan fuertísimo cuando se cierran.

¿Y el t e c h o?

Miro hacia arriba: escucho a la abuela Hilda cantándole a Dios...O gritándole a mi papá.

La abuela Hilda vive en el piso de arriba, la abuela Hilda nos techa, nos cobija. Y al igual que el techo de mi otra casa, a veces abriga, a veces sofoca, ¡pero es tan fuerte! que SIEMPRE nos protege.

La abuela Hilda nos techa.
La abuela Hilda me techa.

A mi abuela la techa el cielo con su Dios, que, según ella, también es muy fuerte y la protege.

Si hay techo
h a y c a s a .

Miro hacia abajo: en el primer piso vivía el abuelo Jaime en una pequeña habitación. Una vez, el abuelo sacó un revólver e intentó matar a la abuela Hilda. Tal vez el cielo, el gran techo de mi abuela la protegió muy bien y por eso mi abuelo no logró asesinarla. Pero eso sí, atentó contra su propio techo.

¡Qué tonto!

Debió saber que sin techo no hay casa.

Nunca más hubo casa para el abuelo.

Sin casa no hay piso.

Y sin piso,
caes
al
infinito.

capítulo 4,4

La ciudad el barrio el mundo

Cuarto hogar

Otra vez llovía en Bogotá. Llegué del trabajo, fui a la plaza de mercado, compré un racimito de cilantro y 4 papas medianas para un caldo.

Pasé por el parque, eché una miradita hacia la caseta de Don Juan, el vigilante, pero no lo vi.

Llegué a casa, me paré en frente de la puerta y tomé la llave para abrir. Noté algo: tenía la mano embarrada.

Estaba distraída, me sentí confundida.

Miré la otra mano, de paso vi las papas y la raíz del cilantro cubiertas de tierra que se mezclaba con lluvia bogotana entre mis dedos haciéndose barro.

Observé mis manos una vez más. Como como una niña al descubrir que el origen de la leche que toma no es la nevera, me a s o m b r é.

A veces olvido la bondad de la tierra, de nuestro piso que nos sostiene, que nos ofrece vida, que no nos deja caer al infinito.

En mis manos tenía un poco de la tierra que otros habían arado, cultivado y cosechado.

¿Cuántas personas habrían untado sus manos en esta misma tierra?

¿Qué tan lejos está la tierra que cobijó y techó estos alimentos?

Levante la mirada.
Sonreí.

Abrí la puerta con la llave embarrada, entré a la cocina, puse las papas en el lavaplatos y el cilantro en el mesón.
Todo seguía untándose de tierra,

mientras yo me disponía a hacer, a crear.



capítulo 5

Entrecerrando puertas

Desde mi infancia, la escritura y la lectura han sido espacios de refugio, pero también de transformación. Aquellos cuadernos llenos de poemas y garabatos fueron mi primer intento de habitar el lenguaje, de hacer mía una herramienta que entonces sentía ajena. Hoy, al recorrer el camino trazado por este proyecto, entiendo que el acto de escribir ha sido, ante todo, una forma de habitarme.

El habitar, como concepto, ha atravesado cada rincón de esta exploración. No se limita al espacio físico de una casa, aunque la casa sea una metáfora potente para pensar en los lugares que construimos y nos construyen. Habitar es también una práctica emocional y simbólica, una forma de arraigo y resistencia. Esta investigación-creación, construida palabra por palabra, es una habitación en la que he buscado refugio, pero también un espacio desde el cual cuestionar, proponer y reconstruir.

La casa, como tema central, se ha mostrado en su dualidad: refugio y confrontación. La casa que habitamos es también un espejo de nuestras memorias, de nuestras pérdidas y de nuestras posibilidades. Durante este proceso, la casa ha sido una guía para pensar el habitar no solo como una acción externa, sino como un acto interno: habitarme a mí misma. En este sentido, la escritura ha sido una herramienta para explorar las habitaciones de mi propio ser, para encontrar en ellas tanto vacíos como espacios de creación.

Con los anteriores cimientos hoy puedo decir que, al entrecerrar la puerta de este libro-refugio, descubro que más allá de lo teórico, lo literario y las demás voces que me han acompañado, he encontrado algo profundamente mío: una apuesta conceptual que entiende el hogar no como un lugar fijo, sino como un movimiento, un devenir, un v-o-l-v-e-r-s-e.

Habitar ha sido el núcleo de este proceso, pero no habitar desde la certeza de un piso o un techo, sino habitar como un acto profundamente intuitivo, sensible, político; como lo dije anteriormente, un concepto que habita el mundo desde el movimiento y la pluralidad: habitar-es.

¿Qué es un hogar? ¿Qué es volverse hogar?

En el camino comprendí que el hogar no siempre es la casa que me acoge, sino el espacio simbólico que construyo para sostenerme cuando todo tiembla. Es en la grieta entre el adentro y el afuera donde florece la posibilidad de volverse hogar. Un hogar es más que un espacio físico; es un entramado de memorias, afectos y símbolos que resguardan la vulnerabilidad y se potencian la creación, la libertad. Es el cuaderno amarillo de mi infancia lleno de palabras desconocidas, el refugio que encontré en la escritura cuando el mundo se tornaba inhóspito. El hogar está en las casas que perdí y en la que reconstruí dentro de mí, ladrillo a ladrillo, a través de la intuición, el duelo, el miedo, el dolor, la creación y amor.

Volverse hogar es el acto político de reconocerse como refugio propio. Es aprender a habitarme desde la escucha íntima, desde la intuición que ilustra, que guía. En este proceso, descubrí que volverse hogar implica reconocer las fisuras, esas grietas donde anidan las serpientes de los miedos, pero también los brotes de lo nuevo. Es aceptar que el hogar no es un destino, sino un proceso, una construcción permanente donde las historias generacionales se entrelazan con las propias, y donde la intuición actúa como brújula. El hogar es cuestionar la certeza desde adentro, pues cuando se consideraba el hogar como algo externo, era frágil y es de adentro hacia afuera que se construye hogar. *El hogar soy yo.*

Los cimientos:

La intuición ilustrada como fuerza creadora motor

La autorreferencialidad y la creación intuitiva fueron pilares de este proyecto. Evidentemente mi intención no fue seguir una estructura académica tradicional, sino construir un espacio que respetara mi propio ritmo y mis propias inquietudes. Esto no significa que este trabajo estuviera exento de rigor, sino que propone un rigor diferente: uno que emerge de la conexión profunda entre el pensar y el sentir, entre la teoría y la práctica.

Como en toda casa, siempre habrá rincones por descubrir, espacios que esperan ser llenados con nuevas interpretaciones.

Y es que la intuición ilustrada ha sido la brújula de mi habitar. Desde las primeras palabras escritas en el cuaderno amarillo, hasta las páginas de este proyecto, ha guiado mis manos y pensamientos, desbordando las fronteras de lo racional, para dar paso a lo sensible. Siguiendo a Bergson, la intuición no es irracionalidad, sino una forma profunda de conocimiento que se conecta con el movimiento vital. La intuición que para este proyecto en particular es *intuición ilustrada*, es el entramado que se construye entre las preguntas, la teoría, la literatura, los miedos, las historias, la memoria, los saberes y la experiencia. Así desde ese tejido, me permití escarbar entre mis sótanos para atreverme a enfrentar las serpientes del pasado y encontrar materia prima para construir nuevas habitaciones simbólicas.

Las historias: tejer el pasado, el presente lo real y lo simbólico

En el acto de volverse hogar, la lectura y las historias generacionales emergen como cimientos invisibles que nutrieron mi propio proceso creador, teniendo en cuenta que escribir desde la autorreferencialidad no es un acto egocéntrico, sino un posicionamiento político que desafía las jerarquías del saber. Mi madre, mi abuela, las mujeres las que escriben y dibujan, las que me preceden y me habitan, aparecen en las madrigueras de mi memoria. Sus relatos, gestos y silencios tejieron la base de mis palabras, de mis refugios simbólicos. Al narrar sus historias, al traer sus voces a estas páginas junto con la mía, las resguardo y a la vez las comparto como acto de emancipación femenina. En este proceso, comprendí que volverse hogar también es ser madriguera para las voces que vienen antes y después de nosotras.

Lo sensible, el dolor y el miedo

La sensibilidad por el mundo, el dolor físico, el duelo, la culpa y el miedo han sido movilizados de mi existencia, de la manera en como habito el mundo. Durante este proceso de investigación-creación, escribir no fue solo un acto intelectual, sino una forma de transitar las heridas, de darles forma y sentido. La escritura intuitiva, lejos de seguir un camino preestablecido, fue un medio para encontrar nuevas rutas, para dejar que el lenguaje fluyera desde una necesidad visceral. De este modo descubrí que se pueden investigar los mundos internos y externos, que esos mundos se destruyen, se crean, se cuestionan, se escriben, se dibujan y se cuentan, para transformar el miedo y el dolor en valentía, en fuerza creadora.

Entrecerrar

De este modo, no cierro la puerta, la dejo entrecerrada o más bien, abierta a nuevas preguntas y posibilidades. En el proceso de investigación-creación descubrí que el hogar no es un lugar ajeno que se llega a habitar, sino un espacio que se construye y deconstruye desde adentro, continuamente. Volverse hogar es abrazar el movimiento, la transformación, la incertidumbre. Es habitar diversos lenguajes y permitir que los lenguajes me habiten.

Así, entrecerrando puertas, dejo este trabajo como un testimonio de un proceso continuo, de un habitar que no termina aquí. La casa-palabra que he construido sigue viva, abierta al viento de nuevas lecturas y al eco de quienes decidan habitarla.

Los cuadernos, la escritura y el dibujo: dispositivos de memoria y creación

Los cuadernos, la escritura y el dibujo fueron soportes esenciales en este proceso. Como dispositivos de memoria, permiten fijar lo efímero, detener el tiempo en un instante y otorgarle un espacio habitable en la narrativa. Los dibujos que acompañan este proyecto no son solo imágenes, son fragmentos de historias, huellas de momentos que se resisten al olvido. Los cuadernos, en cambio, han sido refugio del trazo hecho letra y dibujo: espacios de libertad donde las palabras e imágenes emergen sin juicio, donde lo intuitivo se plasma y se transforma.

Es en la relación entre los cuadernos, la escritura y el dibujo donde encuentro una metáfora poderosa del volverse hogar: actúan como refugios para lo transitorio, como contenedores de memorias que permiten construir sentido. En ellos se alojan los tachones, los mamarrachos, las palabras inconclusas, pero también las intuiciones más puras, las verdades más profundas y las representaciones simbólicas de mi misma y mis concepciones.

Bibliografía

Acosta, D. (2017). *La Madriguera. Tesis de grado en historia. Universidad de los Andes.* Bogotá.

Andruetto, M. T. (2015). *La lectura, otra revolución.* Buenos Aires : Fondo de Cultura Económica.

Altimir, D. (2010). *¿Cómo escuchar a la infancia?* Barcelona: Ediciones Octaedro.

Bachelard, G. (1997). *La poetica del espacio.* México: Fondo de Cultura Económica .

Bachelard, G. (1999). *La intuición del instante .* México: Fondo de Cultura Económica.

Bajour, C. (2008). *Oír entre líneas .* Bogotá D.C: Babel Libros.

Bergson, H. (1963). *La evolución creadora.* Aguilar.

Besse, J. M. (2019). *Habitar .* Bogotá: Luna Libros, Ediciones USTA, Editorial de la Universidad de Guadalajara.

Bollnow, O. F. (1969). *Hombre y espacio.* Barcelona: Editorial Labor S.A .

Bonnet, P. (2013). *Lo que no tiene nombre.* Alfaguara.

Broide, M. (2008). Una playa, un poema. Una aproximación antropológica a la idea de espacio poético. En M. I. Pallaeiro., *Yo creo, vos ¿sabés? : retóricas del creer en los discursos sociales* (pág. 139). Buenos Aires: Universidad de Buenos Aires. Facultad de Filosofía y letras.

Castro, J. (2022). *Papel sensible.* Bogotá: Planeta .

Daza, S. L. (2009). Investigación - creación. Un acercamiento a la investigación en artes. *Planilla Educativa*, 73-79.

Ernaux, A. (2018). *El acontecimiento.* Grupo planeta.

Ganistky, T. (2021). *RARA.* Bogotá: Cardumen libros.

Geographic, R. N. (19 de OCT de 2022). *National Geographic .* Obtenido de <https://www.nationalgeographic.com/espacio/2022/10/que-fue-el-big-bang>

Gerber, V. (2022). *Conjunto VACÍO.* Bogotá: Laguna libros.

Giddens, A. (1997). *Modernidad e identidad del yo. El yo y la sociedad en la época contemporánea .* Barcelona : Península .

Giglia, A. (2012). *El habitar y la cultura: Perspectivas teóricas y de investigación.* Barcelona: Anthropos Editorial.

Harvey, D. (2013). “Ciudades Rebeldes. Del derecho a la ciudad a la revolución urbana”. Madrid: Edición: Akal; pensamiento crítico.

Jünger, E. (1995). *Sobre el dolor.* Barcelona: Tusquets Editores.

Magallanes, A. (2002). *Las letras son dibujos.* Reservoir Books.

Matija, M. (2023). *Niñapájaroglaciario.* Bogotá: Rey Naranjo Editores.

Nervo, A. (1919). *Elevación.* Montevideo: Claudio Gracia.

Petit, M. (2008). *Dos o tres pasos hacia el mundo de lo escrito.* Bogotá D.C.: Babel libros.

Prado, D. (2022). *Espacios habitables.* Cali: Tristes Trópicos.

Proust, M. (2015). *Sobre la lectura.* Madrid: Ediciones Catedra.

Rancière, J. (2009). *El reparto de lo sensible.* Ediciones Lom.

Woolf, V. (2021). *Una habitación propia.* Bogotá: Seix Barral.

